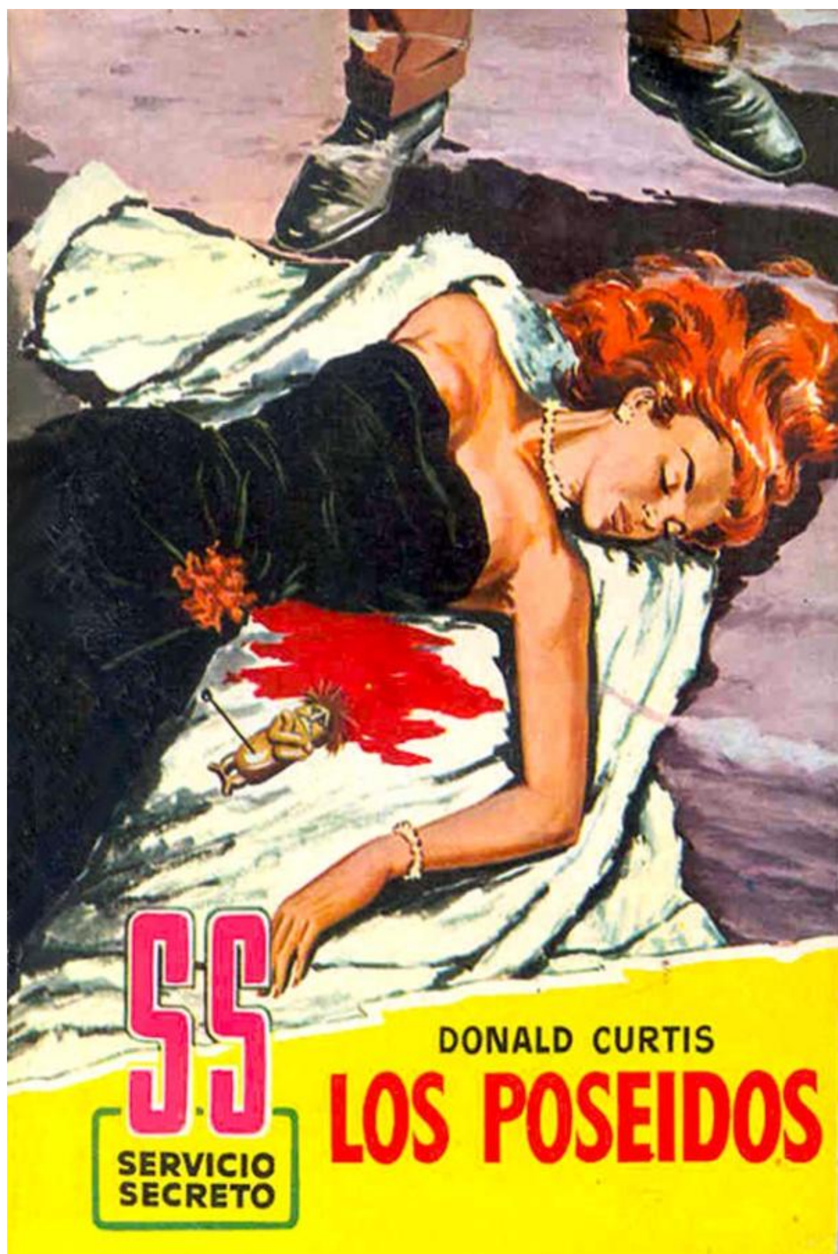

S·S
SERVICIO
SECRETO
DONALD CURTIS
LOS POSEIDOS

DONALD CURTIS

Los poseídos

1.ª EDICIÓN
NOVBRE. - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 11841 - 1959

EXPEDIENTE CENSURA 3604/59

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
552 — El jinete del Arco Iris. 562 — Matar es mi destino. 579 — Hijo de la venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:
474 — Requiem por mí. 479 — El signo del dragón. 483 — Te veré en la Morgue.

En Colección BUFALO:
264 — Cara de niño. 283 — Extraño en el infierno. 295 — Trampas.

En Colección PANTERA:
8 — La carga de Llano Rojo. 35 — Rancho perdición. 43 — Destino: muerte.

En Colección TEXAS:
115 — Una cuerda para Logan. 138 — Los furiosos. 176 — Es mi venganza.

En Colección CALIFORNIA:
121 — Un alto forastero. 128 — La espía del Sur. 143 — El más rápido "Colt".

En Colección COLORADO:
22 — La herencia de Caín. 47 — La dama de Santa Fe.

En Colección KANSAS:
7 — Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:
11 — Violencia en el Cimarrón.



Mi muerte no será en vano. Yo sé que con ella mi alma encontrará el crisol de su purificación».

(«LAS BRUJAS DE SALEM», de Arthur Miller).

PRÓLOGO

Cosas así no pueden ocurrir en nuestros días.

Lo sé. Son hechos de un pasado lejano de nosotros Muy lejano, y a veces, incomprensible.

Pero a veces ocurren. Me está ocurriendo a mí.

Ahora sé todo el horror en que estoy metido. Ahora sé que el día que llegué aquí, cometí la mayor equivocación de mí vida, tal vez la última. Pero ahora no tiene remedio. Nada tiene remedio, al parecer.

No debía haber venido. Pero entonces era un caso simple, rutinario. Uno más en nuestra oficina de Nueva York.

Nos habían pagado bien para buscar a la chica. Y «Kellog & Davis» siempre encuentran a su chica, si cobran por ello. Marty Kellog y Andy Davis, socios. Es nuestra placa en la reducida pero moderna oficina de la calle Green Jones, entre Broadway y la Cuarta. Debajo indica muy claramente: «Detectives privados — Investigaciones confidenciales de

todo género».

Andy Davis es mi socio. Yo soy, naturalmente, Marty Kellog.

¿Qué cómo soy? Más joven de como uno imagina a los detectives privados, si no se deja influenciar por el cine. Pero todo el mundo sabe que nada es en la vida lo mismo que en el cine, ni remotamente parecida.

No soy un tipo guapo ni arrogante, pero tampoco soy bajo ni feo. Les gusto a las chicas. Tal vez demasiado. No me agrada ser vanidoso, ni me parece una vanidad decir que uno guste a las chicas. Después de todo, ellas tienen gustos bastante raros. Yo soy uno de esos gustos.

Tampoco soy rubio ni moreno, delgado ni recio. Soy vulgar. Esa es la palabra: vulgar. Un tipo normal, de facciones normales, cabello castaño y ojos castaños. Puedo pasar desapercibido en cualquier sitio. Por eso no resulto mal detective.

En lo demás, solamente soy aceptable. Disparo regularmente, pego con ambas manos, pero mucho mejor con la derecha. Aprendí algo de judo a propuesta de Andy Davis, pero aún no me ha servido de gran cosa.

Mi cerebro ha sido calificado por Andy Davis de «genial» o «rematadamente estúpido», según los casos. Mi opinión sobre el cerebro de Andy, no hace al caso, ni a él le gustaría que le citara aquí. Yo creo que en ambos casos, Andy no era justo. No soy un genio ni un estúpido. Sé pensar, aunque no siempre con igual claridad, cosa que les ocurre a todos los mortales.

Pero esta vez, maldito si he tenido una sola idea sensata o inteligente. Me he metido de cabeza en la más fea y extraña de las aventuras. Lo presagié a tiempo, y aun así, seguí adelante. Hubo un momento en que pude volverme atrás, mandar todo al diablo y regresar a la oficina de Nueva York. Davis lo hubiera encontrado lógico. Después de todo, ¿qué se me ha perdido a mí en esta ciudad?

Nada todavía. Pero en las próximas horas, es posible que pierda la cabeza. Y lo digo en su más litera auténtico sentido. Van a liquidarme. Como a los otros.

Y no es lo peor que sepa eso de antemano. Lo terrible no es no poderse defender. Porque yo sé defenderme de un pistolero, de un asesino vulgar, de un delincuente habitual... Pero ¿qué puedo hacer contra «ellos»?

Yo, Marty Kellog; en plena libertad de movimientos, con la

conciencia plena de mis actos y en posesión de mis facultades mentales —no sé si alguna me falta pero no lo advierto a simple vista—, con una pistola automática de calibre 38 cargada de proyectiles M. C., con un cañón de cuatro pulgadas y media, me encuentro tan indefenso como un niño de pecho con un sonajero en su manos.

¿De dónde vendrá la muerte? ¿Cómo?

No lo sé a ciencia cierta. Tal vez por eso estoy escribiendo estas cuartillas.

Si me dan, tiempo para terminarlas, las enviaré a un buen amigo mío. Es escritor y vive en Nueva York. Su nombre lo encontrarán ustedes en la cubierta de este libro, si considera él que estas «Memorias», o lo que sean, contienen material para una de sus obras.

A él no le gustaría que yo hiciese publicidad de su nombre, ni creo que fuera la más conveniente. Un tipo que va a morir de la forma más estúpida del mundo, no puede hacer propaganda de nadie sin poner a ese alguien en ridículo.

Simplemente, quiero que si me quedo aquí para siempre, él relate al mundo lo que ha ocurrido. Yo no sé escribir, lo admito. Por eso confío en mi amigo para que dé forma y consistencia a todas estas divagaciones mías.

De modo que ya saben. Léanlo, si mi historia puede tener interés para ustedes. Créanla o no, eso me tiene sin cuidado. Al que está en mi situación, esas cosas no le preocupan.

Pero si no lo creen, vengan por aquí. Visiten el cementerio y encontrarán el lugar donde yo esté. Entonces tal vez se sientan menos incrédulos… y hagan lo que yo no hice. Largarse más que corriendo a otro sitio más apacible.

Si la historia les gusta, el mérito será de mí amigo. Si no, échenme a mí las culpas, por no haber sabido reflejar la angustia y el horror de un suceso real, que estoy viviendo… y que parece totalmente imposible que ocurra hoy en día, en el año mil novecientos cincuenta y siete, en los Estados Unidas de América.

Y si no tenemos otro contacto más, usted, amigo lector, y yo, Marty Kellog, ya lo saben. Adiós.

* * *

Marty Kellog no ha sido sincero en su relato. Yo, lector, nada he puesto. Me he encontrado con el material vivo, candente y brutal, ante

mis ojos atónitos, y ¿por qué no decirlo? también incrédulos.

No he puesto apenas nada mío en él. Solamente he cambiado la forma descriptiva, como si no fuese el propio Marty Kellog quien lo narra. Como si nosotros estuviéramos asistiendo a sus peripecias. Creo que es mejor así.

Pero, repito: todo el mérito es suyo. Y no acaso porque lo haya escrito bien, sino porque la historia es impresionante.

De cualquier modo, aquí está. Tal como él la vivió.

D. C.

CAPÍTULO PRIMERO

SE BUSCA A UNA MUJER

Marty Kellog detuvo, su automóvil, un descapotable pequeño, azul y blanco, a la entrada de la ciudad.

Había allí un parador de carretera. Un hombre de mono azul celeste, salió a atenderle. Kellog pidió una cerveza bien fría y unos informes. Le sirvieron ambas cosas. La cerveza, helada. Los informes, con palabras rápidas y como disparadas por una ametralladora.

Dio el dinero por la cerveza y las gracias por los informes. Luego, puso en marcha el motor y penetró en la ciudad.

Salem era una bonita ciudad. Moderna, pulcra y alegre. Al menos por aquel lado. Le habían hablado de sus barrios antiguos, de sus edificios con siglos de vida. Pero aún no los veía.

Para sus cuarenta mil habitantes, parecía mayor de lo que realmente era. Un indicador le señaló a Marty que Boston, la capital de Massachusetts, distaba solamente dieciséis millas de allí.

La brisa tenía olor a mar, y el azul podía verse desde allí, a la derecha de la amplia carretera, bañando las viejas costas balleneras. Kellog, sin embargo, tampoco vio ballenas, ni esperaba verlas. Era lo mismo que haber esperado encontrar brujas en la ciudad. Aquello pertenecía al pasado.

Había un hotel, el Mayflower, empeñado en evocar la Historia, a pesar de su reciente inauguración. Tras una fachada tradicional de Nueva Inglaterra, las habitaciones y servicios eran los normales en pleno siglo XX. Kellog lo escogió al azar. No le atraía particularmente, ni siquiera porque su nombre evocase el desembarco de los emigrantes ingleses de Plymouth Rock, con el glorioso capitán Miles Standish al frente, porque si la memoria no le era fiel, eso nada tuvo que ver con Salem, y había tenido lugar mucho más al sur de la costa atlántica de Nueva Inglaterra.

Pero se quedó en el Mayflower. Total, para un día o dos, era más

que bueno. O eso se imaginaba él. Era realmente buen hotel. Pero lo de un día o dos, estaba por ver.

La chica era seguro que estaba en Salem. Kellog y Davis no se equivocaban jamás. Cuando se hallaban sobre la pista de una persona, hombre o mujer, indefectiblemente la hallaban. Este era el caso.

Solo faltaba localizar en Salem a la muchacha. Entre cuarenta mil habitantes, no parecía cosa fácil. Pero Kellog tenía su sistema propio de hacer las cosas.

El índice de probabilidades iba en la siguiente escala para el cerebro de Kellog: entre cuarenta mil personas, era probable que existieran mil mujeres pelirrojas, y aun eso, concediendo un amplio margen a las cabelleras rojas. De entre esas mil chicas pelirrojas, no habría más de cincuenta que se llamaran Shirley. Y de todas las pelirrojas llamadas Shirley, era dudoso que más de cinco o seis tuvieran dieciocho años, ojos verdes y una figura estupenda. Por tanto, la cosa se reducía bastante.

Al menos, en teoría. Y Kellog sabía también que la teoría nunca está muy de acuerdo con el lado práctico de las cosas.

Su primera ronda por la ciudad dio un resultado negativo. La chica no apareció, ni nadie supo darle informes de ella. Kellog se dijo que aunque hubieran sabido algo, no lo hubiesen dicho. Los asuntos en que una menor de edad escapada de casa anda de por medio, no suelen gustar a la gente. Y no se meten en líos.

Pero Kellog no esperaba que le dieran informes directos y rápidos. Esperaba solamente que alguien mintiera lo bastante mal como para advertirlo él. Entonces, tendría la primera pista.

Supo que una tal señora Forbes, rectora de un importante Centro Congrecionista local, tenía una doncella nueva, muy joven, pelirroja y bonita. Acudió allí.

Era una residencia frente a la costa, en el barrio antiguo de Salem. Allí aún se conservaban viejos edificios del pasado. El empedrado de algunas calles era todavía el pretérito, con sus correspondientes arreglos, para hacerlo transitable. Uno, al penetrar en aquella zona de la ciudad, parecía retroceder tres siglos en el tiempo.

Y al ver a la señora Forbes, la impresión se agudizaba de un modo inaudito.

Era alta, seca, espigada y vestida enteramente de luto. Su cabello muy negro, con zonas grises, iba peinado hacia arriba. Un medallón cerraba su cuello de encajes pasados y tenía la expresión severa, grave y algo dura.

Miró fríamente a Kellog, y su primera frase fue adusta, árida:

—Lo siento, joven, pero no necesito comprar nada. Puede llamar a otra puerta.

Marty Kellog se sintió divertido por la confusión. Antes de que la dama cerrase la puerta, se apresuró a aclarar:

—No vendo nada, ni represento a nadie, señora.

—¿De veras? —ella le miró, dubitativa—. ¿Entonces, a qué viene?

—A hacerle unas preguntas. Pocas, señora Forbes.

—¡Entiendo! Usted es del Fisco o de Estadística.

—Tampoco —sonrió, a su pesar—. Busco a una joven.

—¿Qué busca a una joven? ¡Dios mío, qué desfachatez! ¿Y acaso cree que va a encontrarla aquí? Si es así, caballero, le advierto muy severamente que en mi casa no...

—Perdone, señora Forbes —volvió a cortar su verborrea—. Busco a una chica pelirroja y muy bonita. Se llama Shirley.

—¿Shirley? No conozco a ninguna pelirroja de ese nombre. ¿Es su novia?

—No, no —exhibió su licencia—. Soy detective privado. De Nueva York. Los padres de la joven me han encargado que dé con ella.

—¿En Salem?

—En Salem —afirmó el joven investigador—. Usted creo que tiene una doncella, de cabellos rojos.

—¿Quién? ¿Ivonne?

—No sé su nombre, señora. Solamente pensé que podía ser ella quién...

—Se llama Ivonne. Ivonne Acker, caballero. Y lleva ya varios meses en Salem, aunque solo esté desde hace unos días a mí servicio. La he admitido tras examinar muy atentamente sus informes. ¿Cree que yo iba a admitir bajo este digno techo a una mujer dudosa?

Kellog no quiso insistir. Además, Ivonne se asomó entonces a una ventana, arreglando una hilera de macetas. La chica le miró y

Kellog la miró a ella. Era pelirroja como Shirley. Pero su perímetro torácico debía rebasar en diez pulgadas al de la mujer que él buscaba. Tenía los ojos grises, y una sonrisa pícara que borraba rápidamente de su rostro en cuanto era observada por la suspicaz señora Forbes.

Kellog guiñó un ojo la doncella y se alejó de la casa. Evidentemente, su primer intentó había sido estéril. La tal Ivonne hacía tiempo que había rebasado ya la mayoría de edad y era dudoso que nadie pudiera engañarla a esas alturas.

Preguntó en otros seis o siete sitios, hasta dar en el restaurante Quincy con otra pelirroja sencillamente formidable. Esta resultó muy asequible, y Kellog logró acompañarla cuando terminó su turno en el establecimiento.

Se llamaba Molly Gallagher. Accedió a subir al coche de Marty, y este dio algunas vueltas por las calles menos iluminadas de Salem. Cuando detuvo el auto móvil en un parque solitario y alejado del centro, pasó su brazo sobre los hombros de la chica.

Ella no objetó nada. Ni tampoco al beso de Kellog. Luego, retocándose el «rouge», bastante maltrecho, habló con desenvoltura:

—Eres un chico audaz, y no te gusta perder el tiempo. ¿Vas a quedarte muchos días en Salem?

—Eso depende.

—¿De mí?

Ella cruzó sus piernas sin importarle las pulgadas que subía la ceñida falda del uniforme azul del restaurante.

—Puede ser.

—¿Eres hombre de negocios?

—En cierto modo, sí.

—¿Y qué buscas aquí?

—A una pelirroja —sonrió Kellog, acariciando su cabellos.

—Embustero —rio ella, coquetamente.

—Te doy mi palabra de que es cierto.

—Bueno, pues ya la has encontrado. ¿Ahora qué piensas hacer?

—Ya lo has dicho tú: no me gusta perder el tiempo.

—Eres un granuja adorable, Marty.

Regresaron bastante tarde al centro de Salem. Y no había sacado mucho en limpio de ella, al menos en el terreno de sus indagatorias. Solamente sabía ahora que Hazel O'Hara era la pelirroja más

notable de Salem. Pero se había criado allí. De modo que no era ella la buscada Shirley.

Sin embargo, desde hacía poco tiempo, se la veía por el centro de la ciudad con otra muchacha de igual color de pelo, forastera en Salem, al parecer. Eso era ya interesante, aunque nada dijera por sí. Al parecer, en Salem brotaban las pelirrojas como los hongos en un terreno abonado por la lluvia.

De todos modos, sentíase cansado tras las pesquisas del día y las horas dedicadas a la complaciente cajera del restaurante Quincy.

De modo que se retiró al hotel, cenó y se acostó. Al otro día, muy de mañana, se puso en pie y se aseó, mientras canturreaba con lamentable oído musical «Dieciséis toneladas». Una vez afeitado, duchado y con los rebeldes cabellos ligeramente dominados, se sintió un hombre feliz y dispuesto a batallar todo el día en busca de su pieza.

Examinó la dirección apuntada: Hazel O'Hara, North Hill. Era todo lo que sabía de ella la complaciente Molly. Eso y una consulta rápida al listín telefónico, le dio el resto de los datos: Alameda Park, 189, Residencia Proctor. Sin saber por qué, este último le dio la impresión de algo oído o leído en alguna parte. Pero no pudo localizar lo que era, y se encogió de hombros, saliendo del hotel con paso rápido.

El coche le condujo, a través de Salem, y gracias a los informes de su detallado plano local, hasta la suave pendiente de North Hill, en Alameda Park. Era una avenida sombreada por hileras de cuidados árboles. Detrás de ellos, se alzaban diversas residencias cercadas de verjas altas. Muchos de los edificios eran aún del tradicional estilo inglés de dos siglos atrás, alternando con modernas edificaciones donde el sol arrancaba cegadores destellos a las largas galerías encristaladas.

El 189 era un edificio de la época tradicional, aunque remozado y cuidado en todos sus detalles. Un rótulo metálico, con letras en relieve, indicaba:

«PROCTOR MANOR»

De nuevo el vago recuerdo de algo familiar rozó la mente de Kellog. Pero pasó también sin dejar huella concreta. Kellog pulsó el

timbre, que resonó allá dentro.

Esperó. Cuando le abrieron la puerta, supo en el acto que la propia Hazel O'Hara era la que salía a recibirle.

CAPÍTULO II

HAZEL

—¿Qué desea? Si busca vender alguna cosa, le advierto que...

—Por favor —el detective hizo un rápido gesto con su mano—. Es usted la segunda persona que me confunde con un comisionista, en un periodo de veinticuatro horas...

—¿De veras? —la pelirroja de pantalones azules de drill, a usanza tejana, blusa a cuadros ceñida endiabladamente a un cuerpo pleno de curvas, y unas podadoras en las manos, le miró entre divertida y curiosa con sus verdes ojos jaspeados—. ¿Quién era la otra?

—La señora Forbes.

—¡Dios sea loado! —ella se santiguó a la usanza católica—. Esa vieja bruja: No me gusta tener nada en común con ella, la verdad.

—Entonces, no diga ahora, que soy del Fisco —rio Marty.

—Iba, justamente, a sugerirlo —se estremeció la joven—. Resulta horrible que la señora Forbes y yo nos parezcamos tanto.

—Para mí, no se parecen en nada. Y creo que ni para un ciego.

—Gracias. ¿Es un cumplido? —ironizó ella.

—No, no. No hablaba de lo físico solamente. Su voz, sus modales, su sonrisa... son adorables.

—No me haga darle las gracias otra vez, por favor.

—No me las dé.

—En resumen, ¿qué es lo que quiere? Dispongo de poco tiempo que estoy cuando a Hazel y...

—¿A Hazel? —se sorprendió—. ¡Oh! Creí que en usted Hazel O'Hara.

—Y lo soy.

—¿Entonces...?

—¡Oh! Eso... —ella rio, agitando las podaderas—. La otra Hazel es de otra especie. Es un «Witch Hazel» o Flor de Invierno. Un arbusto muy común aquí.

—¿«Brujo Avellano»?[1] —Kellog rio entre dientes—. Es un nombre curioso.

—Sí. Y más aún en Salem —ella también rio, aunque sus ojos eran sombríos—. Agregue el nombre de Proctor y tendrá una serie fantástica de casualidades ¿no cree?

—¿Proctor? —los ojos de Kellog se clavaron en el anuncio metálico. Al asociarlo con la planta de extraño nombre, se hizo la luz en su mente—. ¡Oh, ahora recuerdo! El granjero Proctor, ahorcado por brujería en 1692, aquí mismo, en Salem. La vieja historia que Arthur Miller ha resucitado en el escenario. Creí que no les gustaba recordar esas cosas en Salem.

—Y no les gusta. Pero esta casa fue de Proctor según dicen. De aquí fue conducido a la prisión, con su mujer, por los puritanos de los procesos de 1692. De todos modos, no lo crea demasiado a pies juntillas Después de doscientos cincuenta años, es difícil comprobarlo con seguridad.

—Lo creo.

—Pero aún no sé a lo que viene. Tiene una facilidad sorprendente para desviar la conversación, señor...

—Kellog. Marty Kellog, señorita O’Hara —se apresuró a añadir el detective.

—Magnífico y locuaz, señor Kellog... ¿quiere decirme de una vez lo que desea?

—Sí. Deseo a una pelirroja.

—Debí figurármelo —le miró peligrosamente, entornando sus inquietantes ojos—. ¿Quiere dejar de importunar, o prefiere que le corte a usted la nariz, en vez de las ramas de la «Bruja Hazel»?

—No sea feroz, señorita O’Hara. No vengo a importunarla. Es cierto que busco a una pelirroja, pero sospecho que no es usted. La mía se llama Shirley, tiene dieciocho años y se escapó de Nueva York con un caballerete de mala fama. Decían que iban a casarse, contra la voluntad paterna, pero nadie se ha tragado tan bellas intenciones románticas en el seductor, y ando tras sus huellas, que mueren justamente en Salem.

—Pues se ha equivocado de puerta, señor Kellog —manifestó secamente ella—. Ni me llamo Shirley, ni tengo dieciocho años, ni necesito escaparme de casa para contraer matrimonio, porque soy dueña de mis propios actos. ¿Enterado?

—Enterado —asintió Kellog—. Pero usted tiene una amiga. Pelirroja, como usted.

Hazel pareció desconcertarse por un momento. Reflexionó, mirando ceñuda al visitante.

—En Salem somos muchas irlandesas de pelo rojizo, señor —informó—. ¿No está buscando una aguja en un pajar?

—Eso parece —suspiró Marty—. Nunca creí que hubiera tantas cabelleras de igual color.

—Algunas serán artificiales, producto de los tintes.

—La de Shirley Carter, no.

—¿Así se llama la que busca?

—Sí.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Pudo cambiarlo en Salem. Usted tiene una amiga reciente, una forastera joven…

—Sabe mucho de mí —Hazel sonrió divertida—. Pero no quiero que se quiebre los cascos inútilmente. La amiga a quién se refiere, se llama Kathy Nielsen, y es de una familia adinerada de Boston, que ha venido a pasar unos días en Salem. Somos antiguas amigas de colegio. ¿Complacido en sus deseos?

—No del todo, pero agradezco su intención —Kellog se acarició los cabellos—. Ahora habré de buscar otra vez. Empezando por el principio. Había confiado en su amiga.

—Lamento defraudarle. ¿Es usted policía, abogado o detective particular?

—¿Qué más da? —se encogió de hombros, irritado—. Soy un hombre que da palos de ciego en busca de una chica más escurridiza que una anguila. No la molestaré más, señorita O'Hara. Buenos días…

—Adiós y buena suerte, señor Kellog —ella agitó una mano, mientras Marty se encaminaba al coche rápidamente. Cerró la puerta de la verja, regresando al jardín.

Kellog no había querido molestarla más. Tampoco deseaba volver a perder el día con otra pelirroja. Aunque esta era de otra clase muy diferente a Molly.

Mientras ponía el coche en marcha y arrancaba, una gruesa mujer de traje claro y piel de ébano, apareció en el porche de la casa, dirigiéndose a la pelirroja irlandesa.

El detective advirtió que Hazel hablaba con ella, y la negra dirigía entonces una rápida mirada hacia él, a través de los barrotes de la puerta. ¿Fue alucinación suya, o los redondos y blancos ojos de la mujer de color se clavaron en él con hostilidad, casi con enfado?

Sin duda fue imaginativo, porque no conocía de nada a la gruesa negra, que tenía el aspecto de una sirvienta, y un segundo después, esta ni siquiera miraba hacia él.

Aceleró, defraudado, sin saber a ciencia cierta qué otro rastro seguir. A pesar de todo, intentó otros puntos de posible información, con fracaso total. Finalmente, resolvió que era mejor acudir a la policía local y exponerle el asunto sin rodeos.

Una hora más tarde, Marty Kellog se hallaba reunido con el sargento. John Murdock y con el fiscal del Distrito, Damon Ashley, en el despacho del primero, en el Departamento de Policía.

Ambos hombres le escucharon atentamente. Por último, el fiscal interrogó:

—¿Y quién es el hombre con quien se ha escapado la chica de su casa?

—Según deja ella escrito en una carta a sus padres, se llama Robert Scott. Pero no es un nombre que me inspire mucha confianza.

—¿Sugiere que pudo cambiar de nombre para seducir a la chica? —apuntó el sargento.

—Es probable.

—¿Era forastero en Nueva York?

—¿Quién puede saberlo? La muchacha fue vista con él en varios sitios, logramos enterarnos de que llegó con el ferrocarril a Salem. Y ahí acaba todo.

—Es una historia vulgar —opinó el sargento—. Pero curiosa por los escasos datos de que dispone. Cualquiera pudo ser el que sedujo a la muchacha.

—Sí. Yo, sin embargo, opino que el que la engañó, llevándola consigo, era alguien de Salem.

El fiscal Ashley dio un respingo. Sus grises ojos estudiaron con fijeza a Kellog.

—¿En qué se basa para afirmar eso? De ser de aquí, él nunca la hubiera traído consigo a Salem.

—O tal vez ella, contra la voluntad del hombre, averiguó que era de aquí o aquí tenía su residencia, y no se despegó de su lado en ningún momento.

—Podría ser, aunque resulta dudoso —juzgó el fiscal—. ¿Ha preguntado en hoteles?

—En todos. No está.

—¿Y en pensiones? —apuntó el sargento.

—Igual.

—¿Casas particulares, albergues, apartamentos?

—Todo. Ninguna Shirley Carter. Y ninguna muchacha de su edad alquilando o arrendando sitio alguno.

—¿Entonces cómo sabe que está en Salem? —juzgó con agudeza Damon Ashley, apoyando sus anchas espaldas en la pared y encendiendo un cigarrillo.

—Escribió a sus padres. No puso el lugar de origen, pero el matasellos lo delató. Era Salem.

—Pudo ser una maniobra para desviar la búsqueda.

—También lo hemos pensado. Pero el hecho es que los billetes de ferrocarril fueron adquiridos por una pelirroja de sus señas, que una pelirroja igualmente viajó, descendiendo en Salem, y que aquí fue echada la carta. Por tanto, «estuvo» aquí. Y nadie la ha visto salir aún.

—De modo que su teoría es que aún sigue en Salem —remachó el sargento Murdock.

—Eso es.

—Bien. Entonces, ahora vamos a ser varios a buscarla. Y si está, aparecerá, Kellog.

—Admito que es un fracaso tener que recurrir a ustedes, pero...

—No se preocupe —sonrió el fiscal—. Será una ayuda extraoficial. Sus clientes no tienen por qué enterarse de si ha sido su agencia o la policía los que dieron con Shirley Carter.

—Gracias —suspiró Marty Kellog—. A eso se llama espíritu de colaboración.

Y estrechando la mano de ambos funcionarios, salió del Departamento de Policía.

Si ahora no aparecía la pelirroja desvanecida, no aparecería nunca, se dijo enfilando con su coche hacia el restaurante Quincy. La comida de aquel establecimiento no tenía nada especial... pero

estaba Molly en la caja. Valía la pena comer allí.

* * *

El día había transcurrido sin novedad alguna, y por ello la llamada telefónica al hotel, precisamente cuando acababa de conciliar el sueño, le despertó malhumorado e irritable.

—¿Diga? —masculló, bostezando—. ¿Quién diablos llama ahora?

—¿Es usted, Kellog? —preguntó una voz que no logró reconocer.

—¡Infiernos, claro que soy yo! ¿Qué se le ocurre a estas horas?

—Lamento haberle despertado. Soy el sargento Murdock.

—Oh... —trató de combatir su malhumor con escaso éxito. Pero en cambio, el sueño voló como por ensalmo—. ¿Qué sucede? ¿Han dado con Shirley?

—Sí.

—¿Qué? —pegó un brinco en la cama, plantó los pies en la alfombra y estrujó el teléfono excitadamente—. ¿Qué demonios dice, sargento?

—Que hemos encontrado a su chica, Kellog. ¿Puede venir a reunirse con nosotros?

—¡Claro que sí! ¿Dónde están?

—¿Usted conoce North Hill?

—North Hill? —la faz de una bella pelirroja irlandesa de ojos verdes, con unas podaderas en la mano, llegó a su retina mental. Asintió—: Sí, la conozco. ¿Es allí?

—No exactamente. Doble la colina, y encontrará un bosquecillo de avellanos. Le espero a la entrada.

—¿En un bosque? —Marty sintió repentina inquietud, un desasosiego frío y sutil, que no supo a qué atribuir—. ¿Pero qué hacía ahí esa muchacha?

—No hacía nada, Kellog —informó escuetamente el sargento—. Ni lo hará nunca más. Está muerta. Degollada...

CAPÍTULO III

LA MUÑECA

Era verdad.

Estaba muerta. Degollada en mitad del bosque. A pesar de que dos coches-patrulla de la policía de Salem llenaban el lugar con la luz de sus proyectores giratorios, la escena, el sitio y el momento no podían resultar más tétricos y espeluznantes.

Los recios, achatados avellanos, parecían centinelas indiferentes de la tragedia.

Y aquella sí que era «su» pelirroja. No como Molly, ni como Ivonne, Hazel u otra cualquiera. Era muy joven, casi una niña de puro adolescente. Para dieciocho años pese a su linda figurita, conservaba cierta dulzura ingenua de la niñez.

Pero todo eso estaba deformado, convertido en algo monstruoso y horrible por el profundo tajo en la garganta nacarada. La cabeza pelirroja se doblaba a un lado, como un juguete roto. Igual que una muñeca maltratada por un niño travieso.

A Kellog le pareció diabólico, alucinante. La sangre, derramada como un bote de pintura al desgaire, completaba el tremendo impacto visual de la escena.

—Dios mío… —Kellog era fuerte, pero apartó los ojos, y los clavó en el sombrío fiscal, erguido junto a él como un espectro—. Es algo horrible.

—Aterrador, es la palabra —asintió Damon Ashley lentamente.

El detective se alejó del punto iluminado crudamente por los faros policiales. Encendió un cigarrillo, arrojando el fósforo a una charca inmediata. Fumó nerviosamente.

A su lado, el fiscal del Distrito de Salem respiró con fuerza,

removiendo con la punta de pie la hojarasca, en gesto mecánico.

—¿Han descubierto algo en relación con el autor del crimen? —preguntó Marty, sin mirarle.

—No. Nada todavía. Pero será cuestión de buscar al hombre que se la llevó de Nueva York.

—Sí… —ahora fue Kellog el que suspiró, irguiéndose con expresión taciturna—. Eso creo que es lo que se impone. Y avisar a sus padres también.

—¿Lo hará usted?

—Yo mismo —echó a andar, alejándose del lugar del suceso hacia su automóvil. Antes, se detuvo otra vez y miró de soslayo a Damon—. ¿Sabe qué instrumento causó la muerte?

—No hay arma alguna por aquí cerca. Pero el corte es muy limpio. Tuvo que utilizarse un filo terriblemente cortante.

—Ya se ha encontrado —repuso una voz grave a espaldas de ambos hombres. Ellos se volvieron. Era el sargento Murdock—. Era una hoz.

—¿Una hoz? —Kellog se estremeció.

—Sí. Una pequeña hoz de jardinería. Estaba cerca de ella, tinta en sangre…

Kellog no dijo nada, Siguió andando hacia el coche. Pero aún volvió a detenerse cuando Murdock agregó con voz sorda:

—Lo que aún carece de sentido es la muñeca.

Sin saber por qué, Kellog sintió un frío helado subiendo por su espina dorsal. Muy lentamente se volvió hacia el sargento. También la faz del fiscal mostraba sorpresa.

—¿Una «muñeca»? —interrogó despacio.

—Sí.

—Shirley Carter había pasado ya de la edad de las muñecas.

—Sin embargo, llevaba una entre sus brazos. Aún la lleva, apretándola contra sí. Es una muñeca extraña, Kellog. Tiene una fea peluca encarnada, está modelada en cera y trapos… y un gran alfiler negro atraviesa su garganta, más o menos por dónde fue herida la muchacha.

Ni Kellog ni el fiscal hablaron. Cambiáronse una mirada viva y horrorizada. Marty entró en su coche sin comentar nada. Regresó despacio hacia el centro urbano.

* * *

Los padres de Shirley salieron del gabinete de identificación de cadáveres. Su rostro, trémulos y sin color, desfilaron ante la mirada grave de Kellog como una procesión atormentada. El detective rehuyó su mirada, clavándola en los cristales, tras los que el sol lucía sobre Salem, ajeno a tanta sombra y tanto dolor.

—Señor Kellog, nosotros queríamos recuperarla... —dijo lentamente Jeremy Carter—. Pero no así. ¿Quién pudo ser el canalla que hizo eso con ella?

—Es cuestión de horas saberlo, señor Carter —respondió el sargento Murdock—. Estamos investigando a fondo. Cosas así nunca quedan impunes.

Todo eso era mentira. No el hecho de que investigaran. Pero ni él ni nadie creía en la posibilidad de detener en horas al culpable. Sin embargo, eso consolaría algo al afligido padre.

—Quiero que le encuentren, que pague su crimen, que pague el mal que hizo a mí pobre Shirley —gimió Carter—. Si hace falta dinero, no dispongo de mucho, pero todo cuanto poseo será para contribuir a...

—No es cuestión de dinero, señor Carter —repuso el policía suavemente—. Todo el oro del mundo, no nos haría trabajar más deprisa de lo que lo hacemos.

—Es cierto, señor Carter —añadió Kellog—. Yo he fracasado en mi misión. Pero también colaboraré a dar con el asesino, sin necesidad de cobrar nada de nadie.

No le habían consolado mucho, pero tampoco era fácil hacerlo. Una vez hubieron abandonado los Carter el Departamento de Policía, Murdock se acercó a Kellog y le habló con tono oficial:

—Escúcheme, Kellog: nunca me han gustado mucho los detectives privados, ¿sabe?

—Ya. ¿Es una cordial e indirecta invitación a que deje de importunarles con mi presencia?

—No, no es eso. Usted parece un buen chico, Kellog, pero me gustaría que no nos ocultase nada y cooperase con la policía en este caso.

—Nada oculto —dijo Kellog, sorprendido.

—Todavía no me ha hablado de su visita a casa de los O'Hara,

en Alameda Park.

—¿Eso? Oh, carece de importancia. Buscaba a Shirley, y supe que Hazel O'Hara tenía una amiga forastera, pelirroja como ella. Pensé que podía ser Shirley.

—¿Y no lo era?

—No. Se trataba de una tal Kathy Nielsen, de Boston.

—La conozco. ¿Vio a Hazel O'Hara?

—Sí.

—¿Le habló de la que usted buscaba?

—Sí. ¿Pero a qué vienen esas preguntas?

—Primero respóndame usted. ¿Conocía Hazel O'Hara a Shirley Carter?

—¿Por qué había de conocerla? No la había visto nunca, al parecer.

—Ya. Al parecer —Murdock reflexionó, con gesto sombrío.

—¿Qué sucede, sargento?

—¿Quiere saberlo? Pues se lo voy a decir, Kellog: la muñeca que mantenía Shirley en sus brazos lleva bordado en sus ropas el nombre de Hazel O'Hara. La blusa de la muerta, va adornada con dos iniciales: H. O. Y aún hay algo más: esas dos mismas iniciales, están grabadas a cuchillo en el mango de madera de la pequeña hoz jardinera con la que han degollado a la muchacha…

Por unos momentos, Kellog no despegó los labios: Reflexionaba sobre ese cúmulo de indicios. El sargento, para dar más fuerza a su revelación, buscó en un cajón de su mesa. Extrajo una bolsa de celofán, precintada, y el detective pudo ver lo que había dentro.

Era una muñeca.

Una muñeca sencillamente horripilante. La peluca, hecha con hilos de seda roja, se había cosido torpemente a una cabeza esferoide, modelada con cera sobre un cuerpo de madera y trapos. Un par de ojos de vidrio espantosamente dispuestos sobre un pegote de nariz y una roja mancha simulando la boca, completaban el espantajo. La tela roja que adornaba el cuerpo de la muñeca, ostentaba claramente un nombre: «Hazel».

El cuerpo de cera del extraño pelele aparecía perforado por un largo alfiler de cabeza negra y brillante, atravesándolo de lado a lado. Lo devolvió en silencio al policía, tras un examen rápido.

—Es abominable.

—¿Usted sabe lo que significa una muñeca así, atravesada por un alfiler? —preguntó Murdock de repente.

—Sí. Magia negra.

—Eso es. Magia negra o «Voodoo». ¿No le asusta la idea?

—No. No creo en magias, sargento. ¿Usted sí?

—Tampoco. Pero esto es Salem.

—Salem… —Marty Kellog enarcó las cejas—. Esa es una historia vieja y olvidada. Algo así como pretender saltar tres siglos en el tiempo. La brujería en Salem ni siquiera fue cierta. Solamente una corriente histérica que provocó el terror y la muerte. Ahora estamos en pleno siglo XX. Salem es una ciudad moderna y culta.

—Todo eso es verdad, Kellog. Imagine, sin embargo, un brote violento de aparente brujería. ¿No provocaría eso un terror nuevo y peligroso en las gentes poco inteligentes y en las impresionables?

—Posiblemente. Pero no hay magia alguna en degollar a una mujer con una hoz afilada. Es un asesinato vulgar, horrible y cruel. Nada más.

—Si circula la noticia de esa muñeca y el hecho de que el arma, pertenezca precisamente a Hazel O'Hara, las cosas se pondrán algo feas.

—¿Para Hazel?

—Para todos nosotros también. ¿Sabe cómo se llama la residencia de los O'Hara?

—Sí. «Proctor Menor». Y el granjero Proctor murió en la matanza de supuestos hechiceros, en 1692. Pero eso es grotesco, sargento.

—No lo será para la gente. Los supersticiosos por naturaleza, pronto comenzarán a santiguarse cuando crucen frente a la vivienda de los O'Hara. Y eso traería problemas muy serios.

—¿Quiénes son los O'Hara, en realidad? Creo que eso es mucho más importante que todo lo demás.

—Son una familia de origen irlandés. Aquí hay muchas así, pero chocan con los congregacionistas por diferencias religiosas e ideas sobre ciertas cosas. La señora Forbes y otras como ella, son enemigos declarados de los O'Hara y otros irlandeses católicos. Es un problema difícil e inevitable, que nunca trasciende salvo en el terreno puramente privado. El padre de Hazel murió antes de nacer ella, víctima de un accidente, y ella ha crecido con su madre, Susan

O'Hara, su primo Elliott y tu tío Barnaby. Todos ellos viven, con una servidumbre negra compuesta por Hattie, su sobrina Bessie y el viejo Tom, un anciano sirviente, en «Proctor Manor». Para mí son personas perfectamente normales y honorables. No tengo prejuicios contra ellos ni contra la casa ni su fama. Pero en cuanto el menor indicio acusatorio surja a la luz, veo a la señora Forbes y sus correligionarias, organizando un formidable revuelo contra esos irlandeses.

—Ya veo. Es un problema delicado. Puede omitir la historia de la muñeca...

—Hay cosas que, aunque uno quiera, no puede ocultarlas. Están los periodistas. Y no hemos sido nosotros solos los que vimos el cadáver. Cualquier agente mío, cualquier curioso, cualquier funcionario de la Fiscalía, puede echarlo todo a rodar con una declaración imprudente.

—Bien. Y su paso inmediato, en ese caso, ¿cuál va a ser, sargento?

—Ver a los O'Hara. ¿Quiere acompañarnos, Kellog?

—Por supuesto, sargento —dijo Marty vivamente, poniéndose en pie.

—Vamos, pues. Llamaré a Damon para que nos acompañe. La presencia del fiscal puede ayudarnos un poco. Es buen amigo de los O'Hara y suavizará algo la tirantez.

* * *

—Dios mío, es horrible... —Hazel O'Hara, con un delicioso vestido verde que contrastaba con su tez rosada, bronceada por el sol del jardín, y con el rojo de su ondulada melena, inclinó el rostro sobre su pecho—. Realmente horrible, sargento.

—Sí, ha sido un crimen impresionante, bárbaro y salvaje.

—¿Y qué tengo que ver yo con ello, sargento?

Murdock se quedó un poco cortado. Fue el fiscal quien intervino, salvaje.

—Verás, Hazel. Se han dado en este suceso lamentable ciertas extrañas circunstancias que orientan nuestras pistas hacia vosotros.

—¿Nosotros? —ella dio un respingo—. ¿Pero qué dices, Damon?

—Verás —el joven fiscal tampoco se sentía muy cómodo, pero siguió adelante—. La pequeña hoz con que la degollaron, es vuestra. Lo sabemos. Te la he visto a ti muchas veces, cuando cortabas la maleza. Tiene tus iniciales.

—¡La hoz! Mi pequeña segadora... ¡Pero, Damon, si hace un par de días que no la encuentro! Creía que la había extraviado o que algún vagabundo la hurtó al pasar...

—Evidentemente, si fue así, el vagabundo que la hurtó no era un vagabundo vulgar, Hazel. Pero no es solo la hoz. Está la blusa de Shirley Carter. Tiene una H y una O.

—Mi blusa... —Hazel parpadeó inclinando la cabeza. Retorciéronse sus dedos bajo la aguda mirada de los tres hombres —. Dios mío, mi blusa...

—¿También le ha desaparecido misteriosamente? —en la pregunta de Murdock había cierta suave ironía.

—No —ella alzó la cabeza, con altivez y firmeza—. No me la quitó nadie. Yo le di esa blusa a Shirley Carter.

Ahora les tocó mirarse con estupor a los tres hombres. Kellog saltó:

—¡Pero si me dijo que no la conocía!

—Un momento, señor Kellog —fríamente, la linda pelirroja le miró con sus ojos verdes carentes de expresión—. Yo le dije textualmente que no conocía a nadie de ese nombre. Y tenía razón. No podía saber que Helen fuera la chica que usted buscaba.

—¿Helen? —Murdock casi gritó el nombre—. ¿Quién es Helen?

—Les explicaré. Hace unos días, una muchacha se presentó en casa pidiendo colocación. Tío Barnaby le pidió referencias, y ella no supo darlas: No las tenía. Pero nos suplicó que la admitiéramos, solamente por unos días, hasta reunir el dinero suficiente para represar a Nueva York. Es lo que nos dijo. Tío Barnaby se opuso rotundamente. Por entonces, el primo Elliott estaba en viaje de negocios fuera de Salem, y yo siempre he tenido cierta facilidad para ablandar al tío Barnaby. La chica me inspiró lástima, y la admití en calidad de doncella provisional. Sé que a Hattie y al resto del servicio no les gustó mi decisión, pero yo hago lo que me place, guste a los demás o no. Mamá no se mete en nada, y no hizo falta consultarla. Vencida la dificultad de convencer a tío Barnaby, la chica entró en la casa. Al preguntarle su nombre, titubeó y dijo que

se llamaba Helen Owens. Debí advertir que al dar el nombre lo hacía después de ver mis iniciales en la blusa jardinera, acaso inspirada por ambas letras, pero no me di cuenta. La creí y entró en casa. Su ropa estaba sucia y precisaba un buen lavado. Me dijo que no podía adquirir otra. Yo le presté mi blusa, una que no usaba desde hace tiempo.

—Cuando yo os visité, no vi a esa chica por ninguna parte —observó el fiscal con cierto tono de reproche.

—No. La ocultaba a las visitas ajenas a la familia —sonrió Hazel—. Ella parecía tener miedo de ver a alguien, de encontrarse con alguien, no sé… Lo cierto es que empecé a arrepentirme de mí afán caritativo. Y entonces llegó el señor Kellog con sus preguntas. Yo fui a Shirley y la acosé a interrogantes. Acabó confesándomelo todo, bañada en llanto.

—¿Qué confesó? —pidió Kellog, anticipándose a las preguntas de los demás.

—Una historia vulgar pero dolorosa. La había engañado un hombre. Y ella sabía que ese hombre era alguien de Salem. Esperaba verle para saber exactamente quién era y pedirle cuentas de su engaño. Al parecer, la había dejado abandonada en New Bedford, y ella, en vez de regresar a Nueva York, siguió hasta Salem. A él una vez se le había escapado el nombre de esta ciudad y ella, mecánicamente, tomó nota de ello. Observaba a todo el mundo, vigilaba desde la parte alta a cuantos pasaban, en busca de un rostro, de un hombre determinado. Pero nunca vi que reaccionase como si conociera a uno de ellos.

—¿Cuándo advirtió la desaparición de la chica? —preguntó ahora Murdock.

—¿Desaparición? La verdad es que no advertí tal desaparición. Ella, de pronto, me pidió ayer un día libre. Me alegré, porque el primo Elliott llegaba de fuera, y es un poco adusto con la gente nueva. Haría mil preguntas, y si descubría la verdad, sería capaz de echar a Helen… bueno, a Shirley, de casa.

—Era una muñeca igual a aquella otra del bosque

—¿Le concedió ese día libre?

—Sí, no le hice, preguntas. Ella me lo agradeció mucho, y recuerdo que me besó, diciendo que iba a volver enseguida, y tal vez adoptando una decisión que resolviera las cosas definitivamente.

—¿Esas palabras no le inquietaron?

—Un poco, lo admito. Pero ella era una chica extraña, después de todo, y decía a veces cosas también extrañas. Aquella misma mañana, mirando un retrato familiar en mi alcoba, un retrato que yo guardo desde hace tiempo en un cajón, y del que ya apenas si me acordaba, lo contempló fijamente un largo rato y me preguntó quiénes eran los representados allí. Después que se lo dije, lo contempló de un modo raro, me sonrió y dijo algo así como: «¿Usted cree en brujerías, señorita O'Hara?».

Kellog y los dos hombres de la Ley se miraron rápidamente entre sí sin decir palabra, Hazel continuó, sin advertirlo:

—Yo me reí, diciendo que no. Y ella, antes de salir de la alcoba, sin más explicaciones, contestó con acento singular: «Pues debe creer en ellas, señorita. Debe creer que las fuerzas tenebrosas son capaces de ayudarnos o de destruirnos a veces, de un modo espantoso». Cuando cerró la puerta, y me quedé sola, me dije que su situación debía de haberla trastornado bastante. Jamás había oído nada tan extraño.

—Pues ya puede prepararse a oír cosas parecidas —gruñó Kellog, desde las profundidades de su butaca.

—¿Qué quiere decir? —Hazel le estudió con viveza.

—Verás —intervino el fiscal—. También tu nueva doncella llevaba consigo un objeto sorprendente, que parece tener relación contigo en alguna forma. Una muñeca.

—¿Una muñeca? —Hazel hizo un gesto desdeñoso—. Yo no tengo muñecas, Damon.

—Ya lo sé. Y menos de esa especie. Es un horrible monigote de pelos, trapo y cera, modelado con pésima gracia. Pero en el trapo que recubre su cuerpo, va tu nombre bordado, Hazel.

—¿Mi nombre? —esta vez, la linda O'Hara palideció considerablemente y se humedeció los rojos labios con la puntita de su sonrosada lengua—. Damon, eso no es posible…

—Pues lo es —apoyó rotundamente Murdock—. Su nombre:

«Hazel». No cabe error. Y a la repugnante marioneta le han perforado el cuello con un alfiler negro...

Ahora, la irlandesa estaba mortalmente pálida, y las manos le temblaron sobre las rodillas satinadas por el nylon.

—¡Oh, no...! —su voz era ronca, deformada por el temor—. ¡Brujerías...!

—Brujerías... —asintió lentamente Kellog desde su butaca—. ¡Un momento!

Todos le miraron, sobresaltados por su exclamación. Los ojos del joven detective privado de Nueva York, brillaban de excitación.

—¿Qué diablos pasa? —gruñó el sargento—. ¿No puede gritar menos, Kellog?

—Al hablar de brujas y de Hazel, he recordado algo —señaló a la muchacha, que clavaba en él sus ojos dilatados por el estupor y la inquietud—. ¿Recuerda lo que estaba haciendo cuando yo llegué ayer a preguntar por Shirley?

—Sí... Podaba en el jardín y...

—Podaba una variedad del «Witch Hazel»... Un arbusto de la familia de los avellanos, muy común aquí. Y entre avellanos murió Shirley Carter... con una muñeca propia de la Magia Negra entre sus brazos, sobre cuyas ropas se había bordado un nombre: Hazel. Pero «hazel» puede ser nombre de mujer... nombre de árbol... o una alusión clara y directa al otro nombre que va delante de la palabra «hazel» en el arbusto que podaba la señorita O'Hara ayer y que florece en su jardín: «Witch Hazel»... «Avellano Brujo»...

—¿Quién habla de brujas en la casa de un hombre que fue ahorcado por brujería? —dijo una voz potente y sarcástica desde la puerta, sobresaltando a todos tras la teoría retorcida e inquietante del detective.

CAPÍTULO IV

¿MAGIA?

Elliott O'Hara, el joven primo de Hazel, era alto, fuerte y muy bien parecido. Su cabello era más rubio que rojizo, y los ojos tenían un tono gris plomo, vivaz y astuto. Sonreía con su amplia boca, manteniendo la fornida figura en el umbral del gabinete, algo abierto de piernas.

—Elliott, por favor —suplicó su prima—. Se trata de algo muy serio para bromear.

—¿Serio? —el joven entró en la habitación y estrechó con fuerza la mano del fiscal—. Lo imagino, puesto que veo aquí a Damon, pero no como visita particular, sino con el sargento Murdock. ¿Ocurre algo grave?

—Un asesinato, Elliott —dijo el fiscal.

—¿Un asesinato? —incluso la faz risueña de Elliott se ensombreció—. Diablo...

—Han matado a una chica en el bosque de avellanos —refirió Hazel—. Una muchacha que estuvo sirviendo unos días en casa, Elliott.

—¿Una sirvienta tuya? —el joven la miró, asombrado—. ¿Y Bessie?

—Sigue aquí, Elliott. Fue un caso humanitario. Y ahora me complica en todo esto.

—¿Por qué? Si admitiste a una infeliz para servir y ha sido muerta, no tienes que...

—Un momento, señor O'Hara —cortó Murdock sin mucha simpatía hacia el joven—. Le voy a presentar a un buen amigo de Nueva York. Se llama Marty Kellog, es detective, y venía en busca de una joven desaparecida de su ciudad.

—¿De veras? —Elliott estudió a Kellog con interés y le tendió la mano—. Es un placer conocerle, señor Kellog. Pero ¿eso qué relación tiene con nosotros?

—La joven en cuestión es la que ha muerto asesinada. Con la hoz de su jardín, señor O'Hara.

Elliott perdió el color, y por un momento pareció anonadado. Pero se rehízo rápidamente, y acudió junto a Hazel, por cuyos hombros pasó su brazo animoso.

—Bueno, querida prima, no te dejes hundir por lo ocurrido —la alentó—. Tú no tienes culpa de ello.

Damon Ashley y el sargento se habían levantado. Kellog les imitó.

—Creemos que no es preciso molestarla más, señorita O'Hara —dijo el policía—. De ser necesaria su colaboración, Damon acudirá a usted, más como amigo que como fiscal... si las cosas no empeoran.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Elliott, algo hostil.

—Nada. El incidente de la blusa está aclarado, pero no así el de la hoz. Pudo ser alguien de esta casa quien hurtó el instrumento...

Hazel no dijo nada. Kellog se despidió con una frase cortés y los tres hombres salieron de la casa. Al cruzar el jardín, los ojos de Marty fueron al arbusto situado a la derecha de la puerta de entrada. Era un «Vinter Bloom» vulgar pero bien cuidado. Sus ojos se desviaron hacia un hombre alto y enjuto, vestido con pantalón de dril azul, camisa gris, descolorida, y rostro rugoso y curtido, con cano cabello rizoso. El hombre también les miró a ellos y se acercó, olvidándose del «avellano brujo».

—¿Ya se van, Damon? —preguntó con, voz suave y cordial.

—Sí, Barnaby —asintió el fiscal—. Hemos estado haciendo unas preguntas a su sobrina.

—¿Sobre lo de esa pobre chica del bosque? —Barnaby O'Hara movió la cabeza e hizo un gesto hacia las ventanas altas de la casa —. Ojalá no se entere Clara. La madre de Hazel tiene el corazón débil para oír cosas así. Y si supiera que esa chica sirvió aquí...

—No tiene por qué enterarse —opinó Damon, comprensivo.

—Eso resultará difícil —aventuró Kellog—. ¿La señora O'Hara no lee los periódicos ni oye la radio?

Damon y Barnaby se miraron con una triste sonrisa, que Kellog no entendió en principio. Pero que el tío de Hazel le aclaró acto seguido.

—Mi querido amigo, prima Clara no puede leer ni escuchar nada. Sufre una sordera muy intensa... y en cuanto a sus ojos, hace

algunos años que van perdiendo vista paulatinamente. Apenas se mueve de sus habitaciones de arriba.

Kellog masculló una torpe disculpa y, al despedirse de Barnaby O'Hara, miró instintivamente hacia lo alto. Una sombra difusa se advertía tras los cristales. Acaso era la pobre señora O'Hara.

Cuando cruzaron la verja cubierta de enredaderas, saliendo a la alameda, Barnaby volvía a inclinarse, contemplando el arbusto conocido por el nombre de «Witch Hazel».

—¿También al tío de Hazel le gusta la jardinería? —preguntó Kellog a Damon.

—Es él quien creó este jardín —sonrió el fiscal—. Su obra la ha continuado su sobrina, porque él la adiestró.

—¿Y quién plantó ese arbusto? ¿Barnaby?

—¿Por qué lo pregunta? —Damon rio entre dientes—. Está obsesionado con esa idea…

—No es eso. Es que parece tenerle especial cuidado.

—No sé. Tal vez sea uno de sus predilectos. Yo siempre lo he conocido así, de modo que es evidente que lo plantó Barnaby.

Sin comentar nada más, el coche oficial de Murdock les condujo a Salem.

* * *

No se había podido evitar. Marty Kellog tiró a un lado los diarios de Salem, en su edición vespertina. Todos con igual sensacionalismo, hacían referencia a la extraña muñeca y su posible significado.

Los epígrafes con gran alardes de tinta negra, venían a decir igual:

«¿MAGIA EN SALEM? ¿VOLVEMOS AL IMPERIO DE TERROR Y NEGRURAS DE 1692?»

Evidentemente, los que escribían eso no creían en absoluto una palabra de tales brujerías. Pero podían hacer mucho daño a los criterios débiles con tal publicidad.

Kellog telefoneó aquella misma tarde a su socio de Nueva York. Y Andy Davis fue rotundo a través del hilo telefónico:

—Oye, Marty, déjate de historias truculentas y vente para acá. Si

esa pobre chica ha muerto, ya nada tenemos que hacer en el asunto. Y te advierto que las cosas no van tan boyantes como para perder tiempo en investigar alegremente, por puro sentimentalismo. Lamento lo de esa pobre muchacha, pero tú haces falta aquí. Tenemos un caso importante, un tipo rico que quiere obtener pruebas contra su mujer para...

Marty suspiró. La historia de siempre. Y a aquello le llamaba Davis importante, cuando había por medio un crimen extraño y una muñeca diabólica representando la muerte a través de poderes ocultos, en el mismo Salem que la negra historia del pasado había hecho, tristemente célebre.

Pero desde el punto de vista económico, su socio tenía toda la razón del mundo. No podían perder tiempo y dinero por deporte. Tristemente, comenzó a preparar sus maletas.

Pidió la cuenta del hotel, y se dispuso a hacer su última visita a la cajera del «Quincy», antes de dejar atrás Salem y sus problemas.

Telefoneó también a Damon y se despidió de él. El fiscal lamentó su marcha, y le deseó suerte en el futuro. Murdock dijo algo parecido, y Kellog se quedó plantado en mitad de la habitación, teléfono en mano, diciéndose que a nadie le importaba un comino de su presencia o su ausencia.

Evocó los rostros macilentos de los padres de Shirley y casi se sintió tentado de volver a llamar a Davis y enviarle al diablo. Pero el sentido práctico se impuso. Después de todo, ¿qué iba a hacer él allí, si ya la policía estaba en el asunto? No le gustaba ir a remolque de los demás, y eso era lo que haría entre Murdock y el fiscal. Para eso, maldita la falta que él hacía.

Salió del hotel y metió el reducido equipaje en el portamaletas de su coche. Condujo hasta el restaurante «Quincy». Se había nublado el cielo, tras varios días de fuerte calor, y empezaba a llover.

Cuando alcanzó el restaurante, la lluvia era ya intensa, aunque menuda. Cruzó de dos zancadas la acera mojada y entró en el establecimiento. Molly le sonrió desde la caja, y a Kellog le gustó menos que otros días. Aquel color de pelo le recordó la dulce faz de Hazel O'Hara. Pero también la de una muchacha bañada en sangre, entre avellanos.

La cena le animó un poco. Sobre todo, el vino francés que pidió,

como un extraordinario en el menú. Cuando estaba terminando la cena, Molly comenzó a empolvarse la nariz y lo guiñó un ojo. Marty suspiró. Sería precioso demorar un poco la salida de Salem. Con un par de horas sería suficiente para despedirse de la cajera.

Fue entonces cuando la puerta del restaurante se abrió, y apareció una figura envuelta en un impermeable amarillo claro. Una graciosa capucha ocultaba su cabello, pero no tenía el menor éxito en ocultar unos mechones rojos a la a la vista de los demás. Una mirada verde y profunda buscó algo por el salón. Al detenerse en Kellog, pareció hallar su rumbo concreto y avanzó como una flecha hacia él.

En la caja, Molly frunció el ceño, con cara de pocos amigos.

—Hola, señor Kellog —saludó la recién llegada, parándose frente a su mesa.

—Buenas noches, señorita O'Hara —correspondió Marty, atragantándose casi con un trozo de fruta—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias —y moviendo una silla, se sentó.

La cara de Molly se puso verde.

—Bueno… —Kellog no sabía por dónde salir, bajo la mirada de los ojos verdes—. ¿Es también cliente de «Quincy»?

—No, señor Kellog. Jamás he venido a comer aquí.

—Vaya. ¿Y se ha decidido a probar fortuna esta noche? —Marty hizo una mueca.

—Tampoco. He venido en busca suya, señor Kellog.

—¿Mía? ¡No me diga!

—Me han asegurado que se marcha usted.

—Completamente cierto, señorita O'Hara. ¿Quién fue su informante?

—Damon. Le he telefoneado.

—Ya. ¿Para qué le ha telefoneado preguntando por mí?

—Tenía que hablarle. Damon me dijo el hotel en que estaba. He ido allí, y me dijeron dónde acostumbraba a comer. De modo que he venido directamente a «Quincy» —a través de un espejo inoportuno, su aguda mirada descubrió la faz malhumorada de Molly, y le sacó la lengua, ante el escandalizado gesto de ira de la cajera—. Ahora comprendo por qué viene a comer aquí. ¿Le gustan las pelirrojas?

—Bastante.

—¿Yo también?

—Bueno… —Kellog volvió a atragantarse. El sistema de ataque de la irlandesita era francamente terrible—. La verdad es que es bonita. Pero no me he fijado en ese sentido en usted.

—Muy amable. Siga con su cajera, entonces.

—¿Tiene celos de ella? —rio Marty, rehaciéndose un poco de su desconcierto.

—Seguramente. Es usted un tipo arrebatador, capaz de enloquecer a las mujeres.

Marty tuvo la desagradable sensación de que se burlaban de él. Tosió, cambiando de tema:

—¿Ha venido a decirme todo eso?

—No. He venido a pedirle que no se marche de Salem.

—¿Por qué no he de irme? Ya no significo nada aquí. Buscaba a una mujer. La encontraron muerta, y mi misión terminó.

—¿No le gustaría descubrir a quién lo hizo?

—Sí, pero no es tarea mía. Su amigo Damon y el sargento Murdock se bastan para ello. Yo soy un extraño en Salem. Mi sitio está en Nueva York, junto a mí socio.

—Comprendo. Cuando un caso no da beneficios, hay que dejarlo.

—La expresión resulta algo cruda, pero en términos sencillos es así.

—¿Y si encontrase un cliente en Salem? ¿Se quedaría?

—¿Cliente para qué? ¿Para hallar al asesino de Shirley Carter?

—En cierto modo. Y para proteger a otras personas.

—¿Concretamente a…?

—A mí.

Marty Kellog respiró con fuerza. Ya ni se acordaba de Molly, hecha una furia tras el alto mostrador de la caja. Un cliente que salía, protestó por la vuelta del dinero. Molly se había equivocado.

—¿De qué tengo que protegerla? —preguntó Kellog tras una pausa.

—No lo sé. De algo malo que existe aquí, en esta ciudad. Cerca de nosotros.

—¿Es supersticiosa también?

—Todos los irlandeses somos algo supersticiosos, aunque nuestra religión esté en contra de tales temores. Pero no se trata de eso,

Kellog. Tengo miedo.

—¿A qué o a quién?

—Le repito que no lo sé.

—¿Entonces cómo voy a protegerla?

—Será tarea suya descubrir la clase de peligro que me amenaza.

—Esta mañana no nos habló de ningún peligro, que yo recuerde.

—Damon y el sargento se reirían de mis temores. Pero yo sé que son ciertos. He... he encontrado algo en casa...

—¿En su casa?

—Sí —afirmó la joven—. Esta tarde he bajado al sótano, donde guardamos infinidad de cosas en desuso. Allí hay otras hoces de jardinería, y buscaba una que no estuviese demasiado oxidada o con deterioro. La encontré, pero también di con algo más.

—¿Qué fue?

—Esto, Kellog.

Lo extrajo de debajo de su impermeable amarillo, y fue tan inesperado, que Marty dio un respingo, y el estómago se le contrajo, con grave riesgo para su digestión.

Era una muñeca. Igual a aquella otra que encontraran en el bosque, en manos de Shirley. Solo que esta tenía el cuerpo atravesado por una larga aguja de hacer punto, a la altura del corazón. Y su rostro, formado con cera mal modelada, era sencillamente horrible, al estar bañado de algo rojo y espeso que Marty se resistió a identificar.

—Cielos... —musitó roncamente, mirando en torno. Al parecer, nadie había visto el objeto enarbolado por Hazel—. Otra muñeca... ¿Eso que lleva encima es...?

—¿Sangre? Sí. Pero no humana. Había un pollo muerto, despidiendo un hedor horrible, muy cerca de donde estaba este muñeco, en el sótano. Le habían desangrado, regando después la marioneta.

Marty estudió las hebras de roja seda claveteadas en la deforme cabeza de cera. Se estremeció.

—¿Cree que alguien de su casa se dedica a la hechicería? —preguntó Kellog secamente.

—No sé qué creer, Kellog. Pero vea sus ropas.

Sobre una especie de blusa de burda tela azul, vestida por la muñeca, habían bordado el nombre de Hazel. Marty sentía unas

náuseas realmente intolerables.

—Todo esto es una pesadilla nauseabunda, Hazel —dijo por fin con dificultad—. ¿De verdad teme usted todas esas tonterías?

—Yo solo temo una cosa: mi vida peligra.

—¿Por qué? ¿Por un muñeco atravesado por una aguja? Es ridículo, infantil…

—Pero demoníaco, Marty… Denota la existencia de un terrible cerebro perverso, cruel, capaz de las mayores aberraciones. Una mente inhumana, en suma.

—¿Y de esa serie de brujerías toscas y necias quiere que la libre yo?

—Sí. Le pagaré. Lo que sea, Kellog. Pero no se vaya de aquí.

—¿Por qué confía en mí?

—No lo sé. Me inspira confianza, sin tener idea de la razón para pensar tal cosa. Creo que estando usted aquí, mi vida no correrá peligro.

—Nadie ha atentado contra usted todavía.

—Sin embargo, se preocupan de que todo me acuse a mí. Es singular, ¿no le parece?

—Puede ser casual.

—No lo creo Le pagaré quinientos dólares anticipados si se queda. Y después, cuando el verdadero asesino sea hallado, o cuando el autor de estas macabras bromas aparezca, lo que usted estipule. Son mis condiciones.

—Muy ventajosas. Pero no acepto, señorita O'Hara. Sería como robarle el dinero. No hay ningún peligro amenazándola, y por el contrario alguien ha querido asustarla, consiguiéndolo. Vuelva a casa y demuestre que es inteligente.

—¿Es su última palabra?

—Es mi última palabra.

—Muy bien —se puso en pie belicosamente—. Si algo ocurre en Salem, usted será el, responsable.

Echó a andar. Iba a salir por la misma puerta que empleara para entrar, cuando cambió de opinión y se encaminó a una mesa arrinconada, donde tomó asiento.

Marty Kellog se puso en pie, llegó a la caja y pagó a Molly su cena. Ella le miró con ojos coléricos.

—¿De modo que te dedicas a varias pelirrojas a la vez? —

silabeó, celosa.

—No, encanto. Esa otra es asunto profesional. ¿Sales ya?

—Hace rato que he terminado mi turno —sonrió Molly—. Te estaba esperando, Marty.

Salieron juntos. Molly había recogido un impermeable blanco, y al ver que la lluvia seguía pertinaz, se lo echó sobre la cabeza y cruzó a la carrera la acera encharcada, saltando vivamente al interior del coche de Kellog. Este penetró tras ella y lo puso en marcha.

Condujo en silencio durante un largo trecho. Salem, bajo la lluvia, era una ciudad terriblemente aburrida. El tráfico, denso y ruidoso, les rodeaba por doquier. Detrás suyo, los focos de un coche pedían paso insistentemente. Marty se lo cedió con un gruñido.

—¿Qué te ocurre, querido? —musitó Molly, retrepándose en el asiento. Tenía el inquietante cuerpo muy pegado a Kellog, y este sentía el calor de su piel contra él—. Pareces preocupado por algo.

—No es nada, Molly. Me voy de Salem esta noche.

—¿Eh? —ella se irguió, sobresaltada—. ¿Es verdad eso?

—Sí. Esa pelirroja que entró ahora, quería disuadirme a fuerza de dinero. Tiene miedo de unas cuanta tonterías que alguien ha hecho para ocultar los motivo de un crimen. Pero no me ha convencido. He de volver a Nueva York cuanto antes, Molly.

—¿Y me dejas a mí?

—Volveré a Salem muy pronto. Y solo será por una persona: tú...

Eso era mentira. Pero era lo que se decía en tale casos. Marty tenía la virtud de decir los embustes de un modo que parecían verdades como puños. Molly se sintió halagada y ronroneó, acariciando a Marty:

—Eres adorable, querido. Sé que volverás a por tu pequeña Molly...

Marty sonrió, sin responder nada.

* * *

Era el momento de la despedida. Molly le besó, y Marty correspondió a la caricia.

—¿Será pronto? —fue su última pregunta en tono meloso.

—Será pronto —prometió Kellog.

Salió del automóvil. Había cesado de llover. Pero el punto de

aparcamiento estaba muy alejado del centro, y la ruta muy encharcada.

—¿Te llevo hasta tu casa o al centro de la población? —ofreció Marty.

—No, no es necesario. Será un paseo... Me gusta la noche, después de haber llovido.

Le hizo un ademán alegre y se alejó, envuelta en su claro impermeable bajo la noche nubosa. Sus pies chapotearon en una laguna. Kellog le hizo un gesto de despedida y luego puso en marcha el coche.

Pronto alcanzó la carretera general y se lanzó hacia Nueva York sin vacilar. Salem quedó atrás. Con él Molly, Hazel O'Hara, el crimen del bosque y las diabólicas muñecas de pelo rojo...

CAPÍTULO V

LA SEGUNDA VÍCTIMA

«Medford. Cinco millas».

Pasó el indicador de carretera, después de barrerlo con los faros del coche.

Tenía sed, y esperaba encontrar abierto todavía el parador situado a dos millas de Medford. Forzó la marcha del coche, y unos minutos más tarde, el parador aparecía en un recodo de la carretera. Oscuro y silencioso. Habían cerrado ya.

Eso le irritó. Detuvo el coche con un suave golpe de freno en el bordillo de la carretera y salió al exterior. Llevaba en su equipaje una botella de *whisky*. Un buen trago le calmaría la sed hasta llegar a Boston, donde siempre había establecimientos abiertos toda la noche.

Dio la vuelta al automóvil, levantó el portamaletas, y encendió su lámpara de bolsillo para buscar dentro de la maleta.

No llegó a hacerlo. Con un súbito respingo horrorizado, retrocedió clavando los ojos en el interior del compartimiento trasero.

Allí estaba de nuevo el horror, la presencia diabólica y siniestra de lo que, sin ser nada físicamente peligroso, representaba una amenaza tenebrosa, horripilante e irreal...

El cerco de blanca luz de su lámpara de bolsillo, alumbró crudamente aquel dantesco, espeluznante mensaje de un poder oculto, malévolo, pervertido...

Era un gato negro. Muerto, atravesado por un largo cuchillo carnicero, afiladísimo y punzante, que se hincaba en la maleta, tras perforar de lado a lado el cuerpo del felino color azabache. La sangre del animal lo empapaba todo. Y sobre el animal, unas extrañas hierbas de intenso aroma dulzón casi marearon a Kellog, tambaleante frente al demoníaco presente introducido en su coche.

Aquello solo podía significar una cosa. Alguien, en Salem,

empezaba a extender su campaña de terror supersticioso. Alguien se dedicaba a practicar la Magia Negra con algún fin.

Pero el primer brote de magia había significado un crimen horrible. ¿Podían estos otros ser simple cortina de humo para ocultar a un criminal suelto… o señalaban la proximidad de nuevos y alucinantes sucesos?

Marty Kellog abrió la maleta, a pesar de todo, después de arrojar de un empellón al gato muerto. Su cuerpo quedó tendido en la carretera. Marty cubrió su mano con un pañuelo y rescató el cuchillo carnicero, arrojándolo al fondo del portamaletas. Extrajo de la maleta, la botella de *whisky* y apuró parte de ella de dos tragos. Ahora no era solamente sed. Necesitaba un reactivo.

Después, guardó la botella en su bolsillo, cerró el portamaletas, y volvió al volante. Puso el coche en marcha.

Pero no hacia el sur. Viró en redondo y reemprendió la carrera, ahora de regreso a Salem.

Hazel O'Hara iba a llevarse una buena sorpresa.

* * *

Salem apareció al fin ante él. Los faros iban barriendo la ancha carretera, se deslizaban sobre los arbustos y matorrales, y mostraron a Marty Kellog las primeras edificaciones suburbanas.

Marty condujo por las mismas alamedas y paseos que habían recorrido en la ida, con Molly a su lado. Cruzó el punto donde se había despedido. Siguió adelante, entre dos hileras de altos nogales.

Debió de ser la mancha blanca lo que atrajo su atención. Flotaba sobre una charca, a la derecha, de la cuneta, y Marty, curiosamente, disminuyó la marcha, para comprobar lo que podía ser aquel objeto claro y brillante herido por los faros de su coche en el poco transitado camino.

Allí el terreno era desigual, y la lluvia de la tarde había dejado profundos charcos a ambos lados de la cinta asfaltada. El objetó le pareció una prenda de tela tersa, brillante. Algo parecido a goma o plástico, de superficie reluciente por el agua.

Escrutó con mayor atención, frenando el coche. Había algo sólido bajo la prenda clara. Saltó a tierra, con un repentino presentimiento. Corrió junto al charco y se inclinó, estirando los dedos para asir la prenda. Cuando se cerraron sobre una fría

superficie plástica, empapada de agua, tiraron con fuerza. Siguió algo más que la prenda. Algo muy pesado y voluminoso, bajo la hinchada tela blanca.

Se estremeció. Esta vez no era gato. Ni una muñeca de cera y trapos. Era un cuerpo humano. Un mechón de pelo rojo, chorreando agua, cayó sobre la tierra blanda del borde del profundo charco. Asomó una pierna enfundada en nylon, un zapato con el tacón roto…

Al principia, hubiera jurado que era Hazel O'Hara. Pero después, al volverla de un brusco giro, descubrió que no era ella. Bajo el blanco impermeable estaba Molly.

La bonita y frívola Molly. Una buena chica que también había muerto.

Kellog contempló su rostro tirante y sin color, los labios crispados en una horrible mueca… la mirada vidriosa de cuyas pestañas goteaba el fango.

Y, sobre todo, el afilado, largo cuchillo carnicero, hincado sobre su seno izquierdo.

Igual que la muñeca pelirroja de Hazel. Igual que el gato negro en el coche…

Por primera vez, Marty Kellog sintió miedo.

Un miedo que resultaba aún más terrible porque ni siquiera sabía qué o quién lo producía…

* * *

Un cerco de rostros, pálidos e impresionados, rodeaba el cuerpo tendido sobre la mesa de operaciones y cubierto con una amplia sábana. Nadie hablaba.

Estaba allí el fiscal Damon Ashley, el sargento Murdock, el alcalde Benson y un grupo de personas destacadas en la vida social de Salem. Más allá, estaba un grupo lúgubre formado por el propietario del restaurante «Quincy», todavía con sueño en los ojos, al ser levantado bruscamente de la cama; Hazel O'Hara y su primo Elliott, y un par de camareros del restaurante.

El primero en romper el silencio fue Murdock:

—Dos víctimas… dos mujeres pelirrojas, jóvenes y bellas. Extraño, ¿no?

—Muy extraño —afirmó lentamente Kellog.

Súbitamente, de un modo que desconcertó a todos, y especialmente al propio Kellog, el sargento se volvió en redondo hacia él y le señaló con el dedo.

—¡No he pedido su opinión, Kellog! ¡Pero ya que habla, le diré que no me merece usted la menor confianza!

Marty enarcó las cejas. Serenándose, sin apartar los ojos de Murdock, respondió:

—No le comprendo, sargento. ¿A qué se refiere al decirme eso?

—¡Escuche esto! —enarbolaba su índice como acusando a un reo —. Usted nos llegó, denunciando la desaparición de una chica pelirroja que, según usted, se le había escapado de las manos. Poco después, esa chica aparece muerta cerca de un lugar donde usted había estado ese mismo día, y también con un arma del jardín de los O'Hara, que usted mismo pudo coger, después de hablar con la señorita O'Hara solo con esperar a que ella volviera la espalda. Entonces, la pobre Shirley, que le conocía y confiaba en usted, le ve desde una ventana de la casa y pide entonces permiso para verle a usted en algún sitio apartado: el bosque, por ejemplo. Allí, la asesina.

—¿Pero por qué?

—Es lo que no sé, Kellog. Si supiera eso, no estaría usted suelto. Después, anuncia que se va a marchar, y antes va al restaurante «Quincy» y convence a Molly para que le acompañe. Acaso es usted un sádico, uno de esos maníacos que van matando mujeres bellas por el simple placer de hacerlo. Lo cierto es que ella se va con usted. Usted la mata, y luego hace que se marcha, volviendo para tener una buena coartada, y fingiendo descubrir el crimen. ¿No es una buena teoría?

—Sí. Y si todo eso fuera cierto, aún sería mejor —declaró secamente Kellog.

—Pues ya lo sabe. Yo sospecho de usted. El día que tenga alguna evidencia, no se me escapará.

—Eso suena a ridículo, sargento —opinó el fiscal—. Kellog es un detective privado de Nueva York, eso está comprobado. Y el hecho de que le gusten las chicas, especialmente pelirrojas, no quiere decir que sea un sádico criminal de mujeres.

—Tal vez esté equivocado. Pero no me quitaré de encima esa sospecha hasta que me pruebe sin lugar a dudas su inocencia,

Kellog.

—Trataré de hacerlo, sargento. Gracias por advertirme de sus sospechas.

—Ahora que ha vuelto, me gustaría que no se marchase de aquí sin pedirme permiso a mí —observó el fiscal—. No es que yo sospeche de usted, Kellog, pero sería preferible así.

—Entiendo —Marty miró a ambos con frialdad—. Paso a engrosar el grupo de los sospechosos, solo porque los cadáveres aparecen ante mí igual que hongos.

—No deja de ser un motivo de sospecha —juzgó Murdock—. Hasta que usted llegó, no sucedía absolutamente nada en Salem.

Kellog no contestó. Sus ojos reflejaron una dureza sin límites, y echó a andar hacia la salida. Los camareros y el dueño del «Quincy» le miraron con cierto temor, y Marty, masculló, ya en la puerta:

—Serían capaces de ahorcarme por brujería, si con ello calmaban a la opinión pública. Después de todo, en eso de ahorcar inocentes tienen ya experiencia.

Y cerró de un portazo, alejándose por el blanco corredor del Hospital General. Tras él, cuando, llegaba ya al final del pasillo, taconearon unos pies de mujer, corriendo sobre el enlosado.

—¡Kellog, espere! —llamó la voz de Hazel O'Hara—. ¡No se vaya, no corra tanto!

Marty se detuvo en el primer escalón descendente. Clavó en Hazel una mirada dura.

—¿Qué anda buscando? ¿Qué yo la proteja? ¿Para que sea usted la próxima en caer y me cuelguen a mí estos crímenes? No, señorita O'Hara, lo siento. Pero aunque vine a protegerla a usted, la verdad es que Murdock y el fiscal me han quitado los ánimos. Estoy harto de muñecos, gatos y paparruchas de esas. Molly era una buena chica, a pesar de los defectos que pudiera tener. Y por culpa mía, por dejarla sola en un sitio como aquel, perdió la vida. Por ella voy a investigar este asunto, sin la ayuda de Murdock ni de su querido amigo, el fiscal. ¡Y no necesito un cochino céntimo suyo ni de nadie!

Dio media vuelta, comenzando a bajar la escalera. Hazel lo hizo tras él, humilde, exclamando con énfasis:

—¡Es usted un tipo magnífico, Kellog! Nadie dice tan sincera ni crudamente lo que siente. Acepto que no quiera trabajar para mí.

Pero, por favor, ¿admite que le invite a comer mañana en Proctor Manor?

Kellog se detuvo en el descenso. Muy despacio, se volvió hacia ella. En el bello rostro de la muchacha, una expresión de picardía aumentaba su femenina gracia.

—Es usted un auténtico diablo tentador —gruñó por fin, de mala gana, el detective—. ¿Cómo ha podido saber que sospecho de los O'Hara?

—Intuición femenina —sonrió ella—. O tal vez la terrible sospecha de que si hay en Salem poseídos del diablo, esos somos nosotros, los O'Hara, en la casa que fue maldita hace más de doscientos años.

Marty la estudió en silencio unos segundos. No sabía si hablaba en serio o estaba ironizando la situación. Pero algo de cierto había en cuanto hablaba Hazel. La chica estaba asustada. Y su sentimiento nada tenía de fingido ni de cómico. Era miedo.

—Está bien —dijo Kellog, reanudando el descenso de los blancos escalones—. Iré, señorita O'Hara.

Luego, alzó los ojos. Arriba, en el arranque de la escalera, había aparecido Elliott O'Hara. Y aunque su rostro no mostraba ninguna expresión contrariada, algo, en el brillo de los ojos grises y vivos, le dijo a Marty que la invitación no le hacía al primo de Hazel ni pizca de gracia.

CAPÍTULO VI

LA CASA DE LAS BRUJAS

La comida había terminado. La negra Hattie y su sobrina, la joven mulata Bessie, procedían a retirar la larga mesa del tradicional comedor de los O'Hara.

—Ha sido una comida excelente —aseguró Marty Kellog a Barnaby.

El tío de Hazel sonrió, complacido. Ofreció a Marty un cigarro y este lo rechazó, eligiendo, en cambio, un cigarrillo de la pitillera de Elliott. Fumaron, charlando de cosas intrascendentes y ligeras.

De repente, Hazel habló desde el otro lado de la mesa, dejando de reunir distraídamente migajas de pan sobre el mantel.

—La señora Forbes ha publicado hoy una diatriba contra nosotros en la Congregación.

Barnaby dio un respingo, y Elliott frunció el ceño, Kellog no comentó nada.

—Dice que estamos poseídos del demonio mismo, y que mientras vivamos en Salem y ocupemos esta casa, la maldición de las pasadas brujas caerá sobre todos.

Elliott rio entre dientes, con nerviosismo.

—Esa vieja chiflada, Elliott, puede hacernos mucho daño —le avisó su prima—. Otras congregacionistas locales empiezan ya su campaña contra nosotros y a la vez contra otras familias como la nuestra.

—Cualquiera diría que volvemos al siglo XVII —comentó Barnaby.

—En realidad, alguien lo está pretendiendo —fue la réplica de Marty.

—¿Cree eso seriamente? —se burló Elliott.

—Sí. No soy una persona supersticiosa ni crédula, y acaso por ello me resisto a suponer que en estos crímenes intervengan poderes ultraterrenos. Pero el asesino es lo bastante listo como para ir

sembrándolo todo de indicios que apunten en esa dirección. Trabaja sobre un terreno fácil. El hecho de que esta ciudad haya vivido ya un período de terror supersticioso en el pasado, y que ustedes ocupen la que pudiéramos llamar casa «Las Brujas», le da hecha la mitad de su farsa.

—Proctor fue perfectamente inocente de la acusación de hechicería —gruñó Barnaby—. La Historia y el mundo ya le han rehabilitado de tal mancha.

—Lo cual no le impidió morir ahorcado por los tribunales fanáticos de Salem.

—Era otra época.

—Sí. Ahora tendrían que matarnos en la silla eléctrica —bromeó con pésimo gusto el joven Elliott, ganándose una mirada furibunda de Barnaby O'Hara y de Hazel.

—Pero ¿por qué cometen esos crímenes? —objetó esta última—. ¿Y qué buscan con resucitar el miedo a lo sobrenatural?

—No lo sabemos —suspiró Marty—. Pero existe otra posibilidad aún: que la brujería sea cierta.

—¿Eh?

—Sí. Que exista auténtica Magia Negra en Salem. Y que esos hechiceros modernos, por medios perfectamente naturales, físicos, eliminen a las personas que desean ver muertas. Un fanatismo cruel, llevado a la práctica por medios delictivos, pero sin olvidar los ritos tradicionales del *voodoo*.

Hazel, muy pálida, se estremeció.

—Esa idea es aún más horrible, Kellog. Quiera Dios que no sea esa la verdad.

—Opino como usted. Pero debemos pensar en todo.

—Usted sospecha de nosotros, ¿verdad? —preguntó suavemente Elliott, sin apartar sus ojos de Marty.

—Si —admitió este, con igual suavidad y crudeza.

—¿Por qué?

—No sé. Acaso porque ustedes parecen ser núcleo y centro de todo.

—¿Tenemos caras de «poseídos» por Satanás? —rio Elliott, agriamente.

—Nadie tiene cara de una cosa o de otra. Un asesino es un hombre de aspecto normal. Un loco, habitualmente, también. Lo

difícil es reconocerlos y aislarlos del resto, de la sociedad.

De pronto, Marty enmudeció. Sus ojos se clavaron en la puerta cerrada del comedor donde ellos cuatro se hallaban reunidos. Con un gesto vivo, indicó a Hazel que hablase.

Ella comprendió con gran rapidez mental. Y empezó a objetarle, con palabras largas y lentas. Mientras tanto, Kellog se incorporó velozmente, cruzó la estancia de puntillas y alcanzó la puerta en cuestión.

Tiró de ella con tal violencia, que la persona que escuchaba detrás penetró en la habitación a trompicones, y estuvo a punto de caer de bruces al suelo.

Era Hattie, la negra vieja y gruesa que hacía las veces de ama del laves en «Proctor Manor».

—¿No cree que es más cómodo escuchar aquí dentro, que apoyada en la puerta? —interrogó acremente Marty Kellog, mirando con ojos helados a la negra.

Hattie se rehízo, recuperando el equilibrio con dignidad. Los O'Hara no apartaban sus ojos de ella.

—Perdonen, señores —dijo finalmente la mujer de color, con su acento sureño, cadencioso—. Iba a entrar cuando este caballero abrió la puerta y...

Al tiempo de excusarse, miraba a Marty. Sus ojos no reflejaron simpatía. El detective recordó aquella expresión maligna que creyó advertir en la vieja negra cuando pasó frente a la casa de los O'Hara, antes de los crímenes.

—Cualquiera diría que estabas escuchando, Hattie —la reconvino severamente Hazel—. Y eso no está bien.

—No, señorita. Usted sabe que Hattie no hace esas cosas —declaró humildemente ella—. Fue la casualidad la que...

—Está bien, Hattie. Puedes marcharte —gruñó Elliott, secamente—. Pero si vuelves a aparecer tras las puertas, como un fantasma, hablaré a tía Susan para que te despida.

—Por favor, señor O'Hara —rogó la negra, a punto de llorar—. Son treinta años de servicio en esta casa, y nunca podrá decir nadie que Hattie molestó o les importunó.

—Ella tiene razón, Elliott —apuntó Barnaby, con dulzura—. Vete, Hattie, y no temas. Nadie va a despedirte.

—Gracias, señor —le respondió Hattie—. Usted es bueno. No

está marcado por el diablo, como otras personas de la familia.

Y dio media vuelta, saliendo de la estancia ante un silencio gélido por parte de los presentes.

—¡Esa maldita negra! —aulló Elliott, irritado—. ¡Solo falta que venga con esas historias!

—Cálmese, Elliott —le aconsejó Marty Kellog—. La observación de Hattie es muy interesante.

—¿Acaso cree que es cierta?

—No he dicho eso. Solamente que es interesante.

—¿En qué sentido?

—Sabemos, al menos, que Hattie cree en las personas marcadas por el diablo. ¿No les dice nada eso?

—¿A dónde va a parar? —preguntó Hazel, intrigada.

—La Magia Negra tuvo su origen en África. El *Voodoo* es un culto supersticioso de los negros africanos, introducido por ellos en nuestro país. Ello originó la matanza de 1692 en Salem. ¿Han advertido en Hattie signos de afición a la hechicería?

—Nunca —aseguró Barnaby—. Ni en su sobrina Bessie, ni siquiera en el viejo Tom, que es el patriarca de la familia de sirvientes negros de los O'Hara.

—¿Dónde anda el viejo Tom? No le conozco aún.

—Ocupa la casa del jardín, al fondo de la residencia. Es demasiado anciano para trabajar, y se cuida de las plantas de ese lado de la casa. Sirve a los O'Hara desde que llegaron a Massachusetts.

—Será interesante conversar con él —opinó Marty.

—¿Sobre qué? —se interesó Elliott, ceñudo.

—Sobre un poco de todo.

—No me gusta que se aireen los secretos familiares, Kellog.

—¿Es que hay secretos familiares en los O'Hara? —Marty rio—. Le prometo no interesarme sobre ellos, si por sí solos no significan algo concreto e importante en el caso.

Ahora fue Bessie quien entró en el comedor, tras una discreta llamada. Era una mulata joven y bien parecida, de grandes ojos oscuros y gruesos labios sonrientes. Anunció:

—El señor Nielsen desea ver a la señorita O'Hara.

—¡Oh, hazle pasar! —exclamó, vivamente, Hazel.

Entró Nielsen. Era un joven alto, de cabello castaño claro, ojos

azules y expresión risueña. Vestía deportivamente y fumaba en una pipa de espuma, muy clara y ligera.

—Mi querido Derek —Hazel le estrechó la mano con calor—. Hace días que no te veía.

—He estado fuera de Salem un breve tiempo —explicó con voz jovial el muchacho—. Por cierto que me he enterado de cosas terribles al llegar.

—¿Los crímenes?

—Sí.

Saludó a Barnaby y a Elliott con calor. Miró, intrigante, a Marty.

—Te voy a presentar a alguien relacionado muy directamente con los crímenes, Derek —le indicó Hazel, tomándole por un brazo—. Es el detective neoyorquino Marty Kellog. Llegó a Salem en busca de una chica y *flirteó* con otra. Ambas aparecieron asesinadas, y a la segunda la halló él mismo.

—Muy interesante —Derek le estrechó la mano—. Mi nombre es Derek Nielsen. Soy hermano de Kathy, una buena amiga de Hazel, y confío en que Hazel me acepte algún día como novio suyo. Por ahora, se conforma con ser una excelente amiga.

—La amistad es más hermosa que el amor, cuando es sincera —rio Hazel.

—Pero mi amor por ti es sincero.

—Yo no estaría segura de si te amaba. Por eso vale más seguir la amistad.

—Hazel siempre acaba por convencerme —Derek Nielsen meneó la cabeza, reflexivo. Miró a Marty con interés—. La verdad, señor Kellog, que sacará usted mala impresión de nuestra ciudad.

—El mal puede estar agazapado en cualquier ciudad, señor Nielsen —observó, suavemente, Marty—. Y en cualquier casa, en cualquier lugar del mundo…

—¿Incluso aquí? —rio Derek, alegremente, abarcando la estancia con un ademán.

—Incluso aquí —afirmó, gravemente, Marty.

—Sorprendente —y Derek Nielsen parecía hablar con sinceridad. Miró a Hazel y continuó, variando totalmente de tema—: Por cierto, Hazel, venía a invitarle para el baile nocturno de la Convención Universitaria. ¿Quieres ser mi pareja esa noche? Kathy irá con Damon, si la madre de este se encuentra mejor.

—¿Está enferma la señora Ashley?

—Sí. Muy enferma. La he visto, y no creo que su corazón resista mucho.

—Pobre Damon… Va a quedarse muy solo, si ella desaparece.

—Sí. Por eso no sabemos a ciencia cierta si Damon podrá venir. Pero en caso de faltar él, Kathy llevaría con ella al hijo del senador Powell. Soy yo quien no tiene pareja, si tú faltas a ese baile, Hazel.

—No sé si podré ir, Derek. Mi traje de fiestas aún no está terminado, y no se me había ocurrido ir a ese baile. Yo no soy universitaria, después de todo.

—Yo tampoco —rio Derek—. Pero lo he sido, igual que Damon y Jeffrey Powell. ¿Vendrás?

—Si tengo terminado el traje a tiempo, te prometo —sonrió ella—. No resistiría el remordimiento de saberte solo y abandonado.

—Gracias, Hazel. Eres un encanto —Derek miró a Marty con simpatía—. Usted también puede ir, Kellog. Dese por invitado. Y de pareja no se preocupe. Le sobrarán chicas.

—Muy amable —Marty se inclinó—. ¿Cuándo es esa fiesta?

—El próximo domingo.

—Tal vez ya no esté entonces en Salem. Pero si estoy, le prometo asistir.

Y Kellog tuvo la sensación íntima de que estaría. Se hallaba tan lejos aún la luz, en las tinieblas supersticiosas e irreales que oscurecían la vida de Salem…

* * *

Era noche cerrada cuando Marty abandonó «Proctor Manor».

Puso el coche en marcha y descendió suavemente por la alameda. Iba sumido en reflexiones. Era poco lo que había sacado en limpio. Los O'Hara parecían una familia normal. La casa no mostraba ningún aire misterioso ni terrorífico. Salem mismo, a esta primera hora de la noche, ofrecíase como otra ciudad cualquiera, con sus luces centelleando en la oscuridad, con sus avenidas iluminadas y sus rótulos fluorescentes de diversos colores.

Pero allí había un asesino. Un criminal feroz que estaba llevando el terror a la población. Bajo aquel ambiente agradable y provinciano, se movía una fuerza tenebrosa, de muerte y de terror. ¿Dónde se agazapaba aquel diabólico poder? ¿Cómo brotaba, para

descargar sus golpes?

Su mente pasó revista a las personas conocidas: Hazel, Elliott, Barnaby, Derek Nielsen, Hattie... Nadie parecía capaz de albergar en su mente tanta maldad.

De repente, el coche se detuvo. Intrigado, Marty trató de ponerlo de nuevo en marcha. El motor roncó, sin resultado. Salió del automóvil y alzó el capó. Todo parecía normal. No ofrecía averías susceptibles de detener la marcha del vehículo. Regresó al volante, se inclinó sobre el asiento y comprobó el nivel de gasolina. Sus cejas se alzaron, sorprendidas.

¡La aguja señalaba el cero! No tenía ni gota de combustible en el motor, cuando al llegar a casa de los O'Hara llevaba más de medio depósito lleno. Era algo muy raro.

El lugar donde habíase detenido el coche, en pleno descenso de las colinas y a casi media milla del centro urbano, era oscuro y poco frecuentado. Algunas residencias en sombras, y tres o cuatro ventanas salpicando de luz difusa la noche, aquí y allá, era todo lo que se advertía.

Las altas cercas metálicas ofrecían su oscuro perfil orlado de hiedra. Detrás, arbustos y setos formaban una muralla impenetrable de verdor. Kellog juró entre dientes, diciéndose que tendría que molestar a alguien de aquellas viviendas, para pedir un litro o dos de gasolina, lo suficiente para llegar a un puesto de servicio.

A su derecha, un seto se agitó con el roce de algo en movimiento. Marty giró hacia allí sus ojos recelosos. Lamentó no llevar su pistola encima. Recordó que estaba dentro de la maleta, en el hotel.

El roce se repitió. Unas ramas del seto parecieron agitadas por el aire. Pero no había aíre. Kellog, tensos sus nervios y músculos, se movió hacia el coche. Si al menos lograra alcanzar la llave inglesa, tendría una defensa contundente para un ataque a cuerpo descubierto.

Logró dar dos pasos más hacia el portaequipajes, donde llevaba las herramientas. El roce no se repitió, paro Kellog casi tuvo la sensación física de que por encima del seto, un par de ojos malignos, crueles, le estaban estudiando con regocijada perversidad. Un soplo, como un aliento humano, llegó de alguna parte en las densas sombras...

Kellog no era miedoso. No temía a ninguna clase de enemigo físico y normal. Pero algo en el ambiente de aquellos días había deformado las sensaciones y los sentimientos. Aunque la pregunta era estúpida, se dijo si se enfrentaba a un ser humano, agazapado en la oscuridad o a un espíritu maléfico dispuesto a aniquilarle.

Tomó una decisión. Rápida, fulminante, dominando su propio recelo supersticioso. Se lanzó a la carrera, agazapado el cuerpo, hacia la trasera de su coche. Estiró los dedos para alzar el portamaletas.

Entonces se materializó el peligro.

El crujido de ramas en los setos fue ahora claro, menos sutil que antes. Pero mucho más mortífero. Porque algo silbó, hendiendo el aire, y Marty sintió que se aproximaba a él.

Instintivamente, había agachado la cabeza. El objeto centelleó ante sus ojos, y chocó con un maullido metálico en el cristal de la ventana posterior del automóvil. Del violento choque, brincó como un muelle, y rebotó a los pies de Marty sordamente.

Kellog se inclinó con rapidez, tomando el objeto con mano firme. Era un largo, agudísimo y afilado cuchillo de cocina. De haberle alcanzado, le hubiese perforado de parte a parte sin remedio. La salvación había dependido de un par de pulgadas escasamente.

Ahora ya no sentía miedo el detective. Los espíritus no lanzan cuchillos, por aviesos que puedan ser. Y el diablo, no es fácil que se meta a husmear en las cocinas, buscando armas cortantes.

Empuñando el cuchillo con fiereza Marty se abalanzó a la carrera hacia el seto. Un rumor de pasos precipitados se perdió por la ladera de la colina, descendiendo poco menos que a tumba abierta. Marty le imitó sin la menor vacilación. Cruzó el seto de un brincó y se lanzó rodando por un declive de matorrales, tras el invisible agresor que corría ante él, a la desesperada.

Abajo, cruzaba una vía férrea bajo un puente. En alguna parte silbó una locomotora, y Kellog advirtió que su adversario aceleraba la carrera. Producía, poco ruido, como si calzara zapatos de goma o fuese descalzo. Por un momento, el reflejo de una luz lejana, hizo destacar una mancha de color claro en la sombra. Después, un espesor de matorrales ocultó todo rastro a los ojos perspicaces de Marty.

Kellog sacó de sus pies el máximo de rapidez. Pero desconocía el terreno que pisaba, y se hundió a medias en una profunda, zanja. Maldijo rabiosamente, al sentir un tirón punzante en el tobillo.

Cuando salió del boquete y quiso correr de nuevo, estuvo a punto de rodar por tierra. Se había torcido el pie, y el dolor era insoportable cuando apoyaba el talón en tierra.

Sus ojos desalentados vieron doblar la curva inmediata a una locomotora cuyo faro barrió la vía, haciendo centellear las tiras de plateado metal de los raíles. Una sombra humana, vestida con algún atavío de tono muy claro, cruzó después, rehuyendo la luz del tren. Marty, impotente, avanzando con un paso renqueante y dolorido, vio saltar ágilmente al desconocido sobre las vías, y desaparecer al otro lado, cuando la locomotora, seguida de una larga hilera de vagones de viajeros y de mercancías, cruzó ante él, ocultándole al fugitivo a su vista.

Una vez se perdió el convoy en la inmediata curva de la vía, dejando despejado el lugar, Kellog no se sorprendió mucho de no ver el menor rastro del fugitivo.

Rabioso, guardó el cuchillo bajo su chaqueta, y comenzó a descender, al paso que imponía su tobillo, hacia la zona habitada de la colina.

Cosa de cinco minutos después, había, salvado la vía y entraba en un establecimiento, de bebidas cercano. El encargado le miró con desconfianza, cuando entró en la cabina telefónica y marcó el número de «Proctor Manor». Pero Kellog no le hizo el menor caso.

—¿Dígame? —preguntó una voz de mujer.

—¡Hazel! ¿Es usted?

—¡Kellog! ¿Le ha ocurrió algo? ¿Por qué llama?

—Es largo de contar. Dígame una cosa, ¿falta alguien en su casa ahora mismo?

—Pues, no sé. Derek Nielsen se fue casi detrás de usted. Primo Elliott también salió. Tenía que ver al doctor Adams. Está sometido a tratamiento por su hígado, ¿sabe? Pero ¿por qué me pregunta eso?

—Por nada. Han intentado matarme.

—¡Jesús!

—La cosa les salió mal por un pelo. Pero a mí tampoco me fue muy bien en la cacería de mí agresor. Me gustaría saber quién vació

de gasolina mi coche.

—¿Eso le hicieron? Dios mío, Kellog, tenga cuidado. ¿Por qué no pide protección a la policía?

—No es mi sistema. Me gusta afrontar las dificultades por mí mismo.

—¿Quiere que yo le ayude en algo?

—No, gracias. Hay una estación de servicio aquí mismo. Por esta vez, he salido bien librado. En cuanto a la próxima, si la hay, llevaré pistola encima. Dispararé primero, y luego preguntaré quién es.

—Marty, ¿es que sospecha usted que alguien de esta casa pudo...?

—No sé qué sospechar, Hazel. Hay algo en su casa que no me gusta, y todavía no sé lo que es. Pero el día que lo sepa, mis sospechas tomarán forma, y lo sentiré por alguien que va a pasarlo entonces bastante mal. Buenas noches, Hazel.

Colgó sin esperar respuesta de la joven. Estaba irritado consigo mismo. Había estado a punto de convertirse en la tercera víctima de aquel delirio de sangre.

En el mismo establecimiento donde telefoneara, le proporcionaron una lata de gasolina. Regresó con ella al coche, caminando despacio y con todos sus sentidos alerta. Una vez en la carretera, de la colina, comprobó que no había nadie en los alrededores ni dentro del coche, y llenando el depósito, arrancó hacia el centro.

Su rostro era una máscara ceñuda y endurecida, inclinada sobre el volante.

CAPÍTULO VII

TERROR

Los golpes sobre la puerta le despertaron.

Se incorporó en el lecho. Había soñado con brujas de corta nariz, negras vestiduras y risas desdentadas, que surgían a ambos lados de un camino interminable, arrojando sobre él una lluvia de cuchillos afilados y sembraban el suelo de muñecas pelirrojas. Todas aquellas muñecas tenían la misma cara: la de Hazel O'Hara.

Y, por curiosa circunstancia, los rostros de las brujas eran también iguales entre sí, y asombrosamente parecidos al de la señora Forbes, la intransigente congregacionista local.

De nuevo, los golpes sobre la madera lo hicieren abrir mucho los ojos y correr hacia la puerta en paños menores, cargados de sueño los párpados.

—¿Quién diablos es? —preguntó. Y con una mirada al reloj, gimió—: Solo sen las siete de la mañana.

—¡Pues, abra, y enseguida, Kellog! —aulló la voz del sargento Murdock—. ¡Las siete es una hora estupenda para levantarse!

—Eso es lo que usted dice —gruñó Marty, de mal humor—. Espere que, al menos, me ponga algo encima.

Recogió la bata de los pies de la cama. Quiso avanzar apresuradamente hacia la puerta, y el tobillo le pegó un tirón. Entonces recordó, torciendo el, gesto, lo ocurrido la noche antes.

Abrió. Un sargento Murdock, irritado y ceñudo, hizo su entrada en la habitación. Le seguía el fiscal Damon Ashley, con gesto menos severo.

—Bueno, ¿de qué se trata? —le espetó Kellog, furioso—. ¿Autoriza la Ley en Salem a despertar a un ciudadano decente a estas horas, con gritos de gorila?

—Escuche, Kellog. Valdrá más que sea razonable, si no quiere sufrir un disgusto —replicó vivamente el sargento, dejando caer sus doscientas libras en la cama—. ¿Con qué chica anduvo usted

anoche por esos mundos?

—¿Yo? —Kellog trató de recordar. ¿Qué había hecho después del atentado en la colina? No consiguió sino levantarse un vivo dolor de cabeza y masculló—: No me acuerdo.

—No me haga reír. Estuvo en el «Club 300», en el «Crillon», en «Samba» y en «Trópico». Le acompañaba una chica, que nadie recuerda cómo era. Unos aseguran que era pelirroja, otros que rubia. A mí me interesa su descripción exacta.

—¿Por qué?

—¡Usted conteste y no ande haciendo preguntas, sabihondo!

Kellog comenzó a recordar algo. Entre otras cosas, la razón del dolor de cabeza y de la pegajosa sequedad de su boca. Se tocó las sienes, con una queja.

—Bueno, creo que algo recuerdo vagamente. Debí estar en todos esos sitios. Me emborraché.

—También lo sé. No le pregunto lo que hizo, sino con quién lo hizo.

—Demonio, era una chica cualquiera, una vulgar criatura con cabeza, pies y manos, que se prestó a beber conmigo. Pero que me ahorquen si era pelirroja. Estoy harto ya de ellas.

—¿De veras? Le dije que le metería en un buen lío si volvía a cazarle en un enredo sospechoso, Kellog.

—Sargento, no amenace tanto a Kellog —le suavizó Damon, cansadamente—. Preguntando iría más lejos. Por favor, Marty, responda usted del mejor modo posible.

—Con usted da gusto tratar —opinó Kellog, mordiente—. El día que la policía aprenda modales, dará gusto ir por el mundo.

Murdock se dominó, resoplando como un toro, y masculló:

—¿Va a responderme, o no? ¿Quién era ella? ¿De qué color tenía el pelo?

—Déjeme recordar... —tomó un cigarrillo. Al llenarse la boca de humo, este pareció algodón y sintió náuseas. Aplastó el cigarrillo en un cenicero y miró reflexivo al sargento—. Estuve en primer lugar en un local aburrido, donde unas cuantas chicas esperaban clientes para divertirse y sacar su comisión en las bebidas. Una rubita bastante guapa me pidió una copa y la invité. Charlaba con simpatía y cierta gracia. Me agradó y nos fuimos de sitio en sitio, a matar la noche. Finalmente, ambos estábamos tan borrachos, que la

dejé cerca de su casa y me vine al hotel como pude. Creo que la chica se llamaba Vivian o algo así. Casi todas se llaman Vivian, después de todo.

—Sí, casi todas —asintió Murdock, contrariado—. ¿Está seguro de que es rubia?

—Creo que sí —Kellog fue a su americana, colgada en una percha, y rebusco en su hombro, hasta dar con algo que alzó entre sus dedos delicadamente. Sonrió, mostrando la dorada y larga hebra —. ¿Lo ve? Rubia, sargento.

Murdock mordió su labio inferior y cambió una mirada con Damon. Este parecía algo menos jovial que otras veces. Marty recordó lo que Derek Nielsen dijera de su madre.

—Ya le advertí de que Kellog no iba a ir siempre con pelirrojas —dijo el fiscal—. Pero algunos están ya sugestionados por su fama y creyeron que la chica tenía el pelo rojo. Usted entre ellos.

Murdock no respondió al fiscal. En vez de eso, miró altivamente a Kellog y disparó:

—¿Usted conocía a una tal Ivonne Acker?

El corazón le dio un vuelvo a Kellog, y un frío sutil le recorrió la espina dorsal.

—¿Ivonne? —frunció el ceño—. Creo recordar… Ivonne se llamaba la doncella de la señora Forbes.

—¿Cómo lo sabe?

—La vi nada más pisar Salem. Acudí allí creyendo que era Shirley. La señora Forbes me atendió y la chica regaba las plantas de las ventanas.

—¿Era pelirroja?

—Sí. ¿Qué le ocurre a esa chica? —respiró hondo antes de añadir—: ¿Le han matado?

—Probablemente —gruñó Murdock—. Aún no se puede afirmar, pero poca esperanza cabe. Ha desaparecido sin dejar rastro. La señora Forbes ha presentado denuncia de ello.

Kellog no habló. Dio unos pasos por la estancia y miró todo ese tiempo al suelo. Por último, se volvió a Damon, que parecía más interesado por el dibujo de la colcha.

—Es un caso endiabladamente repugnante y feo —mascullÓ, con mal humor.

—De acuerdo —asintió el fiscal.

—Según la señora Forbes, Ivonne había recibido proposiciones de Elliott O'Hara para trabajar en su casa.

—¿De veras? Creí que tenían suficiente con la servidumbre negra.

—Yo también. Por eso me ha extrañado. Primero, sirvió Shirley Carter en la casa. Ahora, Ivonne iba a hacerlo. O por lo menos, tenía una oferta en ese sentido.

—¿Eso significa una acusación contra los O'Hara?

—Eso significa que empiezo a estar harto de cosas raras, Kellog —rezongó Murdock—. Tal vez usted no tenga nada que ver en todo esto, pero le aconsejo que se aparte de los O'Hara. Esa familia está maldita.

—¡Vaya! ¿Usted también empieza a dejarse vencer por la murmuración?

—Lo dice todo el mundo. El que practique brujería, no deja de ser un ente anormal. Puede asesinar con la misma tranquilidad con que invoca del diablo una muerte o un desastre. Es, a la vez, vasallo e instrumente de esa fuerza maléfica. Un «poseído»…

—¡Poseídos! Es ridículo pensar en eso, sargento. Si todos perdemos la cabeza, el terror invadirá la ciudad.

—Ya lo está invadiendo —ahora era Damon, paciente y taciturno, quien hablaba—. La señora Forbes no ha detenido su dialéctica en denunciar el hecho ante nosotros. Hoy se reúnen todos los Congregacionistas, convocados con urgencia. Van a pedir al alcalde la expulsión o proceso inmediato de los O'Hara.

—¡Pero eso es una barbaridad! —exclamó Kellog, sin poderlo creer.

—Una barbaridad colectiva muy peligrosa —suspiró el fiscal—. A veces, no somos tan civilizados ni sensatos como nos creemos nosotros mismos. Es posible lo que puede el primitivismo del miedo sobre las personas. Si una peste se desatara sobre Salera, vería huir a todos los habitantes como hace cinco o seis siglos. Lo de ahora se parece en mucho a la peste. Vea esto…

Extrajo del bolsillo un papel doblado. Lo extendió ante Kellog. Era una pancarta con un dibujo siniestro, una figura enlutada y extraña, Colgando de una horca primitiva. Debajo, estas palabras breves y terribles, impresas en rojo y negro:

«Salem no tolera al diablo en su Comunidad. ¡Expulsémosle como lo hicimos en otro tiempo! Hay «¡poseídos» que están reclamando la expulsión o la muerte».

—Es un texto anónimo, y también la impresión se ignora dónde se ha realizado —dijo Murdock lúgubremente—. Lo estamos investigando. Pero aun cuando lo averigüemos, no resolveremos nada. Miles de esos pasquines circulan bajo mano en Salen desde anoche. Los O'Hara corren peligro. No habrá un linchamiento, porque no estamos en el siglo pasado, pero pueden incendiar su casa, asesinarles, apedrearlos, sabe Dios lo que puede pasar si el terror llega al paroxismo en la ciudad.

—Esta noche es sábado —juzgó Damon, con su admirable sangre fría—. Dicen que la fecha de aquelarre. Extremaremos la vigilancia para evitar un desastre total. Pero usted también debe cuidarse, Kellog. Acaso no olviden que es amigo de los O'Hara.

Marty asintió. Se daba cuenta de la situación. Sus visitantes se encaminaron a la puerta, y Kellog les despidió cortésmente.

Damon, antes de salir, indicó al joven:

—Si ve a Hazel, dígale que no podré ir mañana al baile de la Convención Universitaria. Mi madre está muy mal y me temo que de un momento a otro dejará de existir.

Asintió Kellog gravemente. Era lamentable que el joven fiscal tuviera que trabajar bajo el peso de ese infortunio, precisamente en situación tan delicada. Marty se vistió con rapidez, aseóse y salió a la calle.

Bajo un tibio sol neblinoso, Salem parecía una ciudad perfectamente pacífica y normal. Soplaba un aire húmedo del mar, que agitaba el cabello suavemente.

Hubiera sido un día agradable, de no existir otros vientos más intensos y tempestuosos, soplando bajo la piel de los demás.

Avanzó rápidamente a través de las amplias y pulcras calles de la ciudad. Al volver una esquina, un soplo de brisa arrastró hasta sus pies un papel. Iba a inclinarse a recogerlo, cuando la efigie impresa del ahorcado y la siniestra llamada destacaron ante sus ojos. Pisoteó, irritado, el pasquín.

Una pareja de damas enlutadas que pasaban por la acera, le miraron fría, hostilmente, y pasaron de largo. Venían del Centro

Congregacionista cercano, porque pronto se fue llenando la calle de un público, en su mayoría vestido de oscuro, de ambos sexos y todas las edades, aunque con predominio de mujeres como la señora Forbes.

Kellog, valerosamente, no se volvió atrás. Avanzó con total indiferencia, y captó muchas miradas hostiles fijas en él.

Súbitamente, una voz aguda retumbó en la calle:

—¡Miradle! ¡Ahí tenéis a uno de los predilectos de Satán, contaminando nuestra ciudad con el mal!

Se detuvieron todos en grupos silenciosos y hoscos. Una tensión amenazadora, invadió la calle. La señora Forbes, con los brazos dramáticamente extendidos a lo alto, señalaba a Kellog con expresión fanática, crispada.

—Señora Forbes, ¿le ocurre algo? —preguntó irónicamente Marty, mirándola con valentía.

—¡Aún no, pero mientras los O'Hara y otros como ellos moren aquí, el peligro de la perdición estará sobre nosotros! Usted es también su aliado, y todos juntos invocan al diablo y sus negros poderes de maldad, para aniquilarnos a todos. La muerte purificadora será la salvación para nosotros. La muerte de todos los «poseídos»…

—Mi querida señora Forbes, de ser usted un hombre, sospecharía que acaba de salir de una cantina donde sirviesen bebidas demasiado fuertes —rio Marty, agresivo, con los ojos centelleantes de ira.

—¡Impío y deslenguado hipócrita! —chilló la mujer, con truculencia digna de un escenario de mal teatro. Le señaló, trémulo su descarnado dedo, más parecida que nunca a las brujas de su pesadilla de aquella noche—. ¡La ciudad le señala como a un hijo predilecto del mal, sirviendo de conducto a las fuerzas de las tinieblas contra Salem! ¡Es la venganza de las brujas por su muerte en el pasado! ¡Aún no nos han perdonado!

Era inútil enfrentarse a ella. La loca fanática y delirante, atraía con su voz estridente a la masa de crédulos colegas suyos, y el cerco en torno a Kellog se hacía denso y peligroso por momentos.

Marty vio venir hacia él a dos fornidos hombretones vestidos de oscuro, y comprendió que las cosas se ponían feas. Ya no era cuestión de replicar con bromas. Les esperó a pie firme.

Cuando estuvieron ya sobre él, vio llegar el golpe violento de uno de ellos, en tanto que el otro extraía del bolsillo un agudo pedrusco con pésimas intenciones.

Rápido, Marty Kellog puso en práctica sus experiencias de judo. Davis siempre había dicho que había ocasiones en que era práctico dominar el arte de la pelea. Ahora se demostró que Davis tenía su buena parte de razón.

El tipo del golpe encontró el vacío, y por el contrario, recibió en respuesta un mazazo al vientre que le dobló, tosiendo espasmódicamente. El de la piedra, había alzado esta, con la intención de golpear el cráneo de Kellog.

Antes de que lo consiguiera le había doblado el brazo una especie de torbellino imprevisto, y la piedra iba a estrellarse en su propia nariz, haciendo correr la sangre por su rostro apoplético.

Un tercer fanático buscó el cuerpo a cuerpo con el detective y cayó sobre sus espaldas, con más de doscientas libras de peso. Kellog giró el cuerpo, aferró una muñeca del agresor y le lanzó disparado, por encima de él, contra, un grupo de ciudadanos levantiscos que empezaban a rodearle.

Al fondo de la calle, sonó el silbato de un agente de policía, y el grupo se dispersó, dejando solo en mitad de la calle a Marty Kellog. Un tendero, apoyado en su establecimiento, escupió a tierra, mirando con odio al detective.

—¿Le han hecho daño, señor? —preguntó el policía uniformado que se aproximó a él, enarbolando una recia porra de goma.

—No, gracias. Pero es un mal principio, cuando la gente se envalentona así.

—Están como desquiciados con esa historia de las brujas, señor.

—Si —Kellog miró pensativamente al tendero, que desaparecía dentro de su establecimiento—. Y lo malo es que la mayoría piensan ya como ellos.

Se alejó, sacudiéndose el polvo de la ropa, satisfecho por el resultado de la pelea, pero contrariado ante la forma en que se estaban desbordando las pasiones, por culpa de charlatanas ignorantes y necias como la señora Forbes y otras de su especie.

En plena Calle Mayor, encontró a un par de agentes, arrancando de una pared un gran pasquín con la figura del ahorcado y su proclama. Muchos testigos de la escena reían, y solamente un grupo

de cinco o seis muchachos con uniforme de Infantería de Marina, lograron apaciguar aquellas risas con una seca advertencia.

Ya se atrevían incluso a ir pegando los pasquines impresos en los centros más frecuentados. Eso implicaba una gran mayoría de criterios a su favor. Damon había tenido razón en su pesimismo. El terror estaba ya sobre Salem. Y de un modo realmente estremecedor.

Entró en un «drug-store» y llamó a «Proctor Manor», procurando que nadie advirtiese con quién hablaba. Acercarse a los O'Hara empezaba a ser algo así como tocar a los apestados.

La voz de Barnaby le contestó:

—¿Qué hay, Kellog? ¿Cómo van las cosas?

—Bastante mal. Sobre todo para ustedes y para mí. La gente dice que estamos «poseídos» y cosas así. Estén alerta, Barnaby, o tendrán algún disgusto esta noche.

—Lo sé, Kellog. El sargento nos ha advertido. Y el fiscal Damon también, a través de su pasante Colby.

—Acaban de atacarme los congregacionistas que capitanea la señora Forbes. Eso le demostrará que las cosas están feas por momentos. Hay pasquines pidiendo la horca o la expulsión de los «poseídos» por Satanás y cosas así. La gente está como loca, y ha perdido la idea de lo razonable y de lo lógico, para empeñarse en creer en esa estúpida resurrección de la brujería y la magia.

—Es inaudito que esto suceda en nuestros días, Kellog.

—Alguien lo ha hecho muy hábilmente, ayudado por la estrechez mental o las miras de otras personas. ¿Están todos ustedes en casa y a salvo?

—Elliott y yo, sí. Hazel ha salido.

—¿Qué ha salido? —Marty se quedó rígido. Preguntó, roncamente—: ¿A dónde?

—Pues… —su tío pareció vacilar, para decir finalmente—: Verá, Kellog. Es una chica obstinada a quién no hay quien disuada cuando se le mete algo en la cabeza.

—¡Por el amor de Dios, Barnaby, déjese de rodeos y dígame a dónde fue ¡Es muy importante! De entre todos, tal vez ella sea quien corre más peligro en esta ciudad.

—Le parecerá un absurdo, pero Hazel ha ido a casa de la señora Forbes.

—¡No! —los cabellos de Marty se erizaron—. ¡No posible tanta insensatez!

—Así es ella, Kellog. Dijo que esa vieja bruja iba a oírla, y que cuando terminase de hablar con ella, esas tonterías de brujerías y encantamientos se habrían acabado.

—¡Dios mío!

Colgó el teléfono sin decir más, y echó a correr hacia el exterior.

Pasaba un coche de alquiler, y lo llamó, dándole la dirección de la vivienda de la señora Forbes.

Cuando se detuvo frente a la cerca de la casa, abonó la carrera y saltó apresuradamente a tierra. Se detuvo frente a la puerta, pulsando el llamador durante dos o tres segundos. No vaciló nadie y repitió la llamada, con algo más de éxito. Al menos esta vez, un gato maulló dentro del edificio. Y eso fue todo.

Se apartó, contemplando el edificio. La señora Forbes no debía de haber regresado aún. Era una suerte para Hazel. A Kellog no le gustaba mucho aquella zona antigua de la ciudad. Olía a vetusto, como sus moradores, como sus ideas.

Resolvió esperar, paseando por la acera de enfrente, mientras fumaba un cigarrillo.

No estuvo más de unos minutos. Acaso diez, o poco más. Pero no más de quince. Un pequeño coche azul oscuro apareció por el extremo de la calle empedrada. Una cabellera roja sobresalía por encima del volante.

Marty Kellog saltó al centro de la calle y detuvo el coche con un ademán. Los verdes ojos de Hazel O’Hara, llameando con ira todavía, se dulcificaron un poco al fijarse, en el detective. Pero su rostro de irlandesa no perdió ni un ápice de su energía.

—¡Kellog! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Buscar a una chiquilla imprudente y loca, que se merece un buen azote —gruñó Marty, saltando al interior del coche y dándola un empellón que la apartó del volante—. ¡Vamos, criatura, salga de aquí enseguida!

—¡Oiga, Kellog, si se cree que va a poder hacer el papel de mí hermano mayor, está muy equivocado! —protestó ella vivamente, pugnando por volver al volante—. ¡Yo hago lo que me entra en gana y nadie ha de rectificarme!

—Eso cree usted. Porque todavía no ha chocado con un fulano

llamado Marty Kellog, que no necesita ser irlandés para meterla en cintura.

—Pero, ¿quiere decirme de una maldita vez por qué hace esto? —chilló ella.

—Mire detrás suyo y lo sabrá —dijo, ásperamente, Marty.

Ella se volvió. Una exclamación de asombro escapó de sus rojos y carnosos labios.

El grupo de gentes hurañas, ceñudas y hostiles, iba engrosando por momentos. Las puertas de viviendas y comercios aparecían repletos de rostros hoscos, reflejo de odio y de temor a la vez. Un aire primitivo, como un viento de siglos pretéritos, parecía azotar las almas de aquellos atormentados seres.

Marty Kellog no podía identificar allí a la joven América de la mecánica y el progreso. Algo se había estancado en el ser humano, o este retrocedía con demasiada facilidad a su oscuro primitivismo.

Algunas pancartas con los pasquines en los que aparecía colgada la efigie truculenta de la bruja, asomaban acá y allá.

—¿Qué hace esa gente, Marty? —preguntó le pelirroja.

—Perseguirla. Y acorralarla, para intentar algo parecido a un linchamiento.

—¡Dios mío! —muy pálida, miró a Marty Kellog—. ¿Y cómo vamos a salir de aquí? Yo quería ver a la señora Forbes y...

—Lo sé, lo sé. Yo la he visto ya, aunque no en su casa. Y le advierto que dista mucho de ser una mujer comprensiva. Están todos excitados por ella y otros como ella. Han echado tanta leña al fuego, que ahora nadie podría dominar la hoguera.

—¿Cree que serán capaces de hacernos algún daño?

—Si nos cogen, sí. Pero ya le dije que Marty Kellog es tipo duro de pelar. ¡Avante a toda vela! —aulló con la furia de un piel roja, poniendo en marcha el coche. Le dio un seco, violento viraje, enfrentándolo audazmente a la multitud. Luego, gritó—: ¡Ocúltese en el suelo, Hazel! ¡Llevan piedras y barras de hierro!

—¡No haga locuras, Kellog! ¡Si les excita nos matarán!

—¡Y si no les excito, también! —apretó el acelerador.

Rugió el motor, y el coche, como un caballo loco, embistió a la multitud. Una lluvia de piedras cayó sobre el parabrisas. Toda una red de estrías y grietas se formó en el cristal bajo los impactos.

Kellog, conduciendo con una sola mano, extrajo con la otra su

automática del bolsillo. Disparó a través de la ranura que dejaba el cristal entornado de la portezuela, y no apuntó demasiado alto. Una vidriera de un establecimiento se hizo añicos, y el estruendo del disparo tuvo la virtud de despejar un poco los embotados cerebros de las gentes apelotonadas en torno al coche.

Retrocedieron, atemorizadas, y Kellog les mostró los dientes en una sonrisa digna, no ya de un brujo, sino del propio Satanás. Un segundo disparo al aire, dejó todo despejado, y el automóvil hendió la calle, rugiendo rabiosamente, camino de la salvación.

Todavía, sobre su capota y portaequipajes, cayeron algunos pedruscos, pero ya para entonces, el peligro estaba vencido.

Hazel O'Hara, lentamente, se incorporó, mirando con asombro el resultado del ataque en el parabrisas. Después, contempló a Kellog admirada.

—¿Sabe una cosa? —dijo muy despacio—. Empiezo a pensar que tiene razón, Kellog. Es usted mucho peor que un irlandés, cuando se empeña en algo...

Marty sonrió, sin responder. Conducía hacia las afueras de Salem, de regreso con Hazel a «Proctor Manor».

CAPÍTULO VIII

NOCHE DE AQUELARRE

—El señor Barnaby y el señor Elliott no están en casa —informó respetuosamente Hattie, evitando mirar directamente a Marty Kellog, cuando entraron Hazel y él en «Proctor Manor»—. Su madre ha dicho que subiera usted cuando volviese, señorita O'Hara.

—Gracias, Hattie —sonrió dulcemente la joven—. Ahora iré a ver a mamá.

La negra salió con una inclinación. A pesar de que Marty buscó con insistencia sus ojos, la sirvienta de color los rehuyó siempre con astucia.

—Hazel, ¿tiene plena confianza en Hattie? —preguntó de repente, una vez solos.

—Si —la joven le miró, sorprendida—. Lleva muchos años con nosotros. ¿Por qué pregunta eso?

—Por nada.

—¿Prejuicios raciales?

—No los tengo.

—Bien hecho. Me hubiera decepcionado usted, de haberlos tenido. Los negros son buena gente. Y muy fíeles.

—Sí, ya sé. Lo que hace falta es que la lealtad se sepa encauzar debidamente.

—No se fía de Hattie desde que la descubrió espiando tras la puerta.

—No es solo eso. He recordado que la Magia Negra proviene precisamente de su tierra. África es la cuna del *voodoo*. Aunque admito que puede no significar nada. Hay muchos blancos que lo practican. ¿Hay algún otro negro, aparte de Hattie y Bessie?

—Sí. El viejo Tom. Es tío de Hattie. Lleva más de treinta años con los O'Hara.

—Me gustaría hablar con él.

—No sé si a él le gustará hablar con nadie. Es muy raro. Vive

aislado de todos.

—Recuerdo que me lo mencionaron. En la casa del fondo del jardín.

—No se le olvida nunca nada, ¿verdad? —sonrió Hazel, irónica.

—Nada que tenga verdadera importancia. Es producto, del oficio.

—¿Ha sido el oficio lo que le ha hecho temer por mí vida, si iba a ver a la señora Forbes?

—No. Experiencia propia. Yo también tuve mi escaramuza con los puritanos, en pleno centro. Imaginé lo que ocurriría si cazaban a una O'Hara en su propio ambiente, lejos de cualquier policía. Ha sido una imprudencia. ¿Qué pretendía con esa visita?

—Ser razonable y esperar que la señora Forbes lo fuese también.

—No lo hubiera conseguido. La señora Forbes está como una auténtica poseída, no sé si por el diablo o por una imbecilidad sin remedio. Y arrastra a muchos histéricos tras de sí.

—Tal vez tenga, razón —suspiró Hazel—. Después de todo, parece que la tiene siempre. Una pregunta, Kellog, ¿quiere conocer a mí madre?

—No me disgustaría. Todo lo de los O'Hara me interesa mucho.

—¿Porque sigue sospechando que estamos «poseídos» por un espíritu satánico? —rio ella.

—Porque usted es una O'Hara, tal vez —respondió, gravemente, Marty.

—Gracias por el cumplido —ella inclinó graciosamente la roja cabecita y emprendió la marcha, seguida de Marty—. Venga, por favor. Conocerá a Susan O'Hara, viuda de Richard O'Hara.

Subieron por una amplia escalera a un piso alto, exactamente la tercera planta de la casa. Allí, los zócalos de madera, los muros empapelados y los viejos cuadros murales, el mobiliario y el mismo ambiente quieto, recoleto y umbrío, parecían evocar una época pasada. Un mundo ido ya, pero que aún podía palpitar, vivir. Como la superstición y el miedo vivían en Salem.

Susan O'Hara ocupaba una butaca de rojo tapizado, frente a una ventana asomada al jardín. Cuando entraron los dos, se volvió lentamente. Kellog sabía que no oía nada, ni apenas veía. Pero intuyó la presencia de alguien más.

Sus ojos opacos le miraron fijamente, acaso pugnando por

siluetear mejor sus facciones.

La voz de la anciana sonó lenta, cansada, pero aún llena de vitalidad:

—Hazel, hija, ¿quién ha subido contigo? No es Elliott, ni Barnaby. Tampoco es el joven Derek, ni siquiera Damon.

—Cierto, mamá —Hazel se inclinó, besando a la anciana—. Este es Marty Kellog, un buen amigo. Le debo mucho, madre. Mucho más de lo que puedes suponer.

La muchacha necesitaba hablar en un tono muy agudo para ser oída. Pero lo hacía con habilidad, junto al oído de la dama, y ella debía de percibirlo bien, porque asentía.

Tendió su mano a Kellog, y él se la besó suavemente. Le sorprendía ver lo poco que Hazel se parecía a su madre. Esta había sido, sin duda, morena, aunque ahora su cabello tuviera un uniforme tono gris. Los ojos sin vida, fueron grises, acaso pardos. Las facciones eran más rudas, menos delicadas que las de su hija.

—Mi pequeña, quería que subieras a verme —siguió después—. ¿Es cierto lo de Dorothy Ashley?

Hazel asintió, tras un cambio de miradas con Marty Kellog.

—Sí, es verdad —dijo—. La madre de Damon se muere.

Hubo un silencio denso, agobiante. La señora O'Hara suspiró.

—Pobre Dorothy —habló con calma—. Nunca tuvo mucha fortuna en nada. No fue feliz, su marido no le fue fiel. La única compensación ha estado en Damon.

Eran cosas familiares que a Marty no le interesaban. Cuando se despidieron de la anciana y regresaron abajo, sintióse más aliviado. Hazel no comentó nada con él. Parecía pensativa, preocupada por algo.

Un coche se detuvo frente a «Proctor Manor». De él bajó Barnaby, y le vieron entrar en la residencia desde la ventana del comedor.

Marty habló, repentinamente:

—¿Puedo ir a ver al viejo Tom? —preguntó.

—¿Eh? —Hazel se volvió hacia él, con mirada ausente—. Sí, claro, vaya usted.

Marty salió. Avanzó por el sendero de grava que circulaba entre arbustos, flores y setos. El jardín era amplio y profundo. Vio una cerca de ladrillos al fondo, delimitando con otra casa vecina de

altos tilos y vegetación espesa. En un rincón de aquella cerca, se alzaba una casa, algo parecida a una choza o cobertizo. Ante ella, un negro de pelo algodonoso y encorvadas espaldas, cortaba unos tallos con unas grandes podadoras.

—Buenos días —saludó Kellog, suavemente.

El negro se volvió, sobresaltado. Unos redondos ojos brillantes se fijaron en Kellog. La podadera se cerró en el aire con seco chasquido. Sin saber por qué, Marty pensó que un cuello cazado entre ambos filos, hubiera sido segado en redondo. Alejó de sí tan desagradable ocurrencia y respondió al gruñido ininteligible del anciano negro:

—¿Trabaja mucho, Tom?

—Mucho —respondió el negro—. ¿Quién le ha dicho mi nombre, señor?

—La señorita Hazel.

La mirada del anciano se iluminó un poco. Sus gruesos labios esbozaron una sonrisa.

—La señorita Hazel es buena.

—Sí, Tom. Pero hay gente que la quiere mal.

—¿Quién la quiere mal?

—Nadie lo sabe. Todos se han puesto contra ella. Dicen que es bruja.

—¿Bruja la señorita Hazel? —el negro se irguió, con terrible gesto—. Ella es buena.

—Sí, Tom. Eso lo sabemos usted y yo. Pero los demás la acusan, quieren matarla.

—¡Yo les mataré a ellos! —rugió el anciano, enarbolando las podadoras.

Kellog no lo dudó. Hizo un rápido gesto tranquilizador.

—No, Tom. No es ese el camino para ayudar a la señorita Hazel. Yo deseo ayudarla lo mismo que usted. Pero sin matar a nadie.

—¿Cómo va a ayudarla, entonces?

—Si yo descubriera a los brujos auténticos, a los que matan gatos negros, fabrican muñecas de cera y les clavan alfileres y todo eso, podría llegar muy lejos y salvarla a ella del peligro.

El negro parpadeó, sorprendido. Iba a decir algo, pero enmudeció.

Finalmente, dijo entre dientes:

—Yo no sé. Yo no conozco a nadie que haga hechicerías.

—Claro que no, Tom. De conocerlo, lo dirías. Porque ese hechicero ha debido matar a dos muchachas, y todos creen que fue Hazel O'Hara quien lo hizo. Como ella es irlandesa y no piensa igual que la gente de por aquí, la quieren mal, muy mal.

—¡Ella no es irlandesa! —protestó el negro, vivamente. Y se mordió los labios, añadiendo rápidamente—: Bueno, ella nació en América, aunque sus padres fueran irlandeses.

—Sí, Tom. Pero eso no lo entienden los demás. El que es hijo de irlandeses, es irlandés.

—La señora O'Hara es inglesa, no irlandesa.

—¿Y el señor O'Hara? ¿No era irlandés?

—Sí, pero... Sí, claro, él lo era. El señor Richard era de Irlanda. Buen hombre.

—¿Y Barnaby? ¿Es también un buen hombre, Tom?

—No —declaró inesperadamente el negro, con voz sorda—. No es bueno. Ni el señorito Elliott tampoco. Ellos desean que muera la señora O'Hara.

—¿Por qué?

—Para heredar su dinero. Son mala gente. Buitres que esperan... y esperan.

—Pero Hazel heredará antes que ellos.

—Sí, claro. Heredará si no muere la señorita Hazel antes que su madre. Entonces, todo sería de ellos.

—Ya —Marty reflexionaba intensamente. Empezaba a ver algunas cosas claras—. Tom, de esta casa desapareció el arma con la que mataron a una de las chicas. Después, la señorita Hazel encontró una muñeca con sangre de pollo en el sótano. Todas esas cosas las ha debido hacer alguien de la casa. Lo mismo que bordar el nombre de la señorita en las ropas de la muñeca que representa el Odio y la Muerte. Tú sabes de eso, ¿verdad, Tom?

La faz del negro, alterada por algo oculto que no parecía dispuesto a revelar, fue como reflejo de una sorda lucha interior. Finalmente, asintió. Con lentitud, con recelo, con una profunda reserva.

—Sí, yo sé... Déjeme a mí ese asunto, señor, y cuide usted a la señorita.

—Lo haré, Tom, lo haré —sonrió Kellog—. Sé que puedo confiar

en ti.

Ni lo sabía ni lo creía. Pero le convenía decir eso. Se alejó del patriarca negro de «Proctor Manor». Era posible que de todo esto no saliera nada. Sin embargo, había tendido un cable. Solo faltaba el resultado.

Un resultado que tal vez no llegaría nunca a darse.

* * *

Kellog se quedó a cenar, invitado por Barnaby en esta ocasión. Elliott no estuvo presente y la cena careció, por otro lado, de toda animación. Nadie parecía sentir especial deseo de charlar ni de alegrar la reunión.

Una llamada telefónica de Damon, mediada la cena, terminó de completar la fiesta. El fiscal del distrito, al tiempo de informar del fallecimiento de su madre, avisó a los O'Hara de que no se movieran de su vivienda. Al parecer, los vientos borrascosos de todo el día, habían terminado por estallar en temporal violento, y la policía no se creía con fuerzas para impedir que la vesania de los grupos de exaltados que recorrían la ciudad, llegara a provocar un desastre en los irlandeses a quienes hacían objeto de sus iras.

El ambiente se enrarecía en Salem. Todos parecían estar prendidos en el centro de una diabólica y sutil telaraña que les enredaba y dejaba inmóviles, indefensos ante el peligro mortal, latente, inevitable...

—Kellog, ¿qué es lo que podemos hacer ahora? —preguntó de repente Hazel, rompiendo el silencio.

Marty se encogió de hombros. No había nada que hacer. Solo esperar. Esperar algo. Presentía que tenía que suceder. Esa misma noche.

Cuando sucedió, a pesar de todo, le dejó sobrecogido. Y más que nunca, comprendió que el poder tenebroso que se cernía sobre ellos era algo estremecedor, horripilante...

Se presentó en la forma de un clamor que avanzaba por las carreteras que conducían a la colina. Sobresaltados, acudieron todos a las ventanas posteriores de la casa, que caían sobre la curva de la carretera.

Automóviles, grupos a pie y toda clase de personas se movían por el asfalto camino de «Proctor Manor». Súbitamente, sirenas

policiales aullaron en medio del ruido producido por el denso tráfico, y varios coches patrulla bañaron en luz a los amotinados, enfrentándoles un grupo de agentes uniformados, provistos de armas automáticas.

—Dios mío, Kellog, ¿es posible tanto horror? —sollozó Hazel, descompuesta, arrojándose en brazos de Marty, que la acogió con sorpresa y agrado.

—Ya lo ve. Cuando se pierde el juicio, ocurren cosas espantosas. Espero que la policía logrará frenarles. ¡Escuche! Un coche patrulla se detiene ante esta casa.

—Yo iré a abrir —dijo Barnaby, extrayendo de un cajón un revólver «Colt», modelo Naval, pasado de moda, pero eficaz, sin duda, en un caso de emergencia—. Vosotros quedaos aquí.

Salió el tío de Hazel. La muchacha, convulsionada por los sollozos, siguió pegada a Kellog, como implorando una protección que Marty se veía imposibilitado de proporcionarle.

—Espera un momento —declaró, de repente, Marty. Y dejando a Hazel sola, se acercó a una de las ventanas. La entreabrió. Barnaby cruzaba el jardín. Abría la puerta. Irrumpieron varios agentes armados. A su frente, el sargento Murdock.

Hablaron ambos hombres rápidamente.

Marty captó algunas palabras sueltas de Murdock:

—Era la señora Forbes, sí… La encontramos muerta. Asesinada a golpes. Con una barra de hierro… su gato maullaba frente al cadáver. Ocurrió esta mañana, dice el forense. Vieron a su sobrina y a Kellog. Ellos fueron, no hay duda. Quieren lincharles. Les arrestaré. Acusación formal.

Se volvió, muy pálido, hacia Hazel. Habló con rapidez:

—Han encontrado asesinada a golpes a la señora Forbes.

—¡No! —gimió, desencajada, la muchacha.

—Así es. Vienen a arrestarnos. La mataron esta mañana. Por eso desean nuestro linchamiento, Hazel. Pero no creo que tengamos mejor suerte con la Ley. Estuvimos allí, nos vieron huir. Dirán que salíamos de casa de ella.

—¡Oh, Marty, esto es horrible! Es como un cerco pegajoso, una maldición…

—Es algo que yo mismo no concibo. Un baño de sangre en el que quieren meternos a nosotros. ¡Vamos!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Que nos marchamos, Hazel.

—¿A dónde?

—No sé. Adonde sea. Hay que salir de aquí.

—Será peor.

—Nada hay peor que eso —señaló a la multitud enfebrecida de la carretera, y completó, señalando a los policías que se movían hacia la casa—: Y eso.

—¿Pero, ¿cómo podemos huir de una ciudad, de la Ley, de todos?

—Yo te lo voy a enseñar. No es la primera vez que me ha tocado hacer de liebre. Espero que pronto me toque hacer de galgo detrás de alguien.

La tomó por una mano, echando a correr con ella. Bajaron la escalera. Por el camino, preguntó:

—¿Hay una salida trasera?

—Sí. Al jardín posterior. Y por allí una puertecilla a los campos de la colina. Pero es imposible, Kellog, vale más quedarse, esperar...

—¿Esperar a la muerte alegremente? ¡No, pequeña! Vamos a jugar al escondite con quien sea, hasta que esto se aclare.

Corrían ya por un pasillo que terminaba en la cocina. Hattie asomó de repente por allí. Marty le hizo un gesto y ella se detuvo, asustada.

Hazel avisó:

—¡No digas nada a la policía, Hattie!

La negra denegó. Marty y Hazel salieron a la carrera por la puerta de atrás. Cruzaron el jardín hacia la casa de Tom. No vieron rastro del anciano. La puertecilla resultó estar entornada solamente. La abrieron y se lanzaron como gamos por un senderillo que corría entre altas cercas residenciales.

Al término del sendero, alcanzaron una espesura de matorrales en declive. Por allí se precipitaron sin perder su ritmo vertiginoso. Marty la llevaba virtualmente a rastras, pero Hazel no se quedaba corta en sus zancadas.

—¡Vivo, al bosque de avellanos! —apuntó Kellog, al ver ante ellos, en la distancia, la iluminada cinta de la carretera y su amenazadora multitud.

Por el otro lado, a espaldas suyas se oían, dentro de «Proctor

Manor», silbatos policiales y gritos estridentes. Ya habían descubierto su fuga. Ahora era cuando había que correr.

Se desviaron hacia la izquierda, y el descenso se hizo más peligroso. Un perro ladró dentro de una finca, al cruzar ellos junto a la verja cubierta de enredaderas. El tobillo de Kellog comenzaba a resentirse vivamente, a impulsos de la carrera.

Mientras le respondiera hasta el interior del bosque, pensó angustiado. Y no se preocupaba por él, sino por Hazel. De un modo u otro, él se libraría de las acusaciones. Demostraría que era inocente, tarde o temprano, de lo ocurrido a la señora Forbes. Pero tal como estaba Salem, el asesinato de la anciana e inflexible dama era el chispazo que necesitaba el barril de dinamita para estallar.

Y Hazel, la única que lo pagaría, lo mismo que doscientos cincuenta años atrás lo pagó un inocente. A veces, la Historia no significa un ejemplo para nadie.

Al fin, el bosque... Estaban ya en sus linderos. Penetraron por él a la carrera, ahogando la hojarasca y las hierbas sus pasos. Se fueron adentrando entre los avellanos que tan trágico papel habían jugado en el crimen de Shirley Carter.

Marty evocó mecánicamente. «Witch Hazel», el arbusto... Hazel, la muñeca. La blusa con las iniciales, la hoz jardinera... Siempre todo había sido dirigido a un solo fin: acusar a Hazel.

De pronto, se detuvo en mitad del bosque, dando un vivo tirón a la mano de la joven. Ella le miró asombrada. En las sombras, las estrellas apenas si permitían ver sus facciones, siluetadas sobre un fondo oscuro, en el que solo brillaban los ojos febriles, excitados.

—¡Hazel! —susurró Marty.

—¿Qué?

—Hazel, se me ha ocurrido algo. Algo atroz, pero posible.

—¿Qué es, Marty?

—Hazel, me parece que tengo los motivos de todo este aquelarre horrendo.

—¿Qué quieres decir?

—La razón de los crímenes, de la magia, de las supersticiones y de la excitación colectiva. ¡Todo tiene un fin! Acusarte a ti, eliminarte a ti como sea...

—¿Estás loco? ¿Por qué a mí?

Ni siquiera se daban cuenta de la familiaridad con que se

estaban tratando. Hablaban de un modo intuitivo, sin rodeos ni hipocresías, sin inútiles formulismos en la gravísima, urgente, situación.

—No lo sé aún. Pero a Shirley la mataron llevando tu blusa. Era pelirroja como tú. Y el bosque estaba oscuro. ¿Tenías que venir tú, acaso, por este bosque aquel día?

—Yo no, Marty, no comprendo. ¡Espera! —su mano temblorosa, helada, se aferró a la de Marty con violencia, con angustia repentina—. Sí, pero era algo que anulé después.

—¿Qué es lo que anulaste, Hazel?

—Tenía que ir a visitar a Natham. Estaba enfermo, al otro lado del bosque.

—¿Natham? ¿Quién es Natham?

—El novio de Bessie. Un negro que trabajaba por su cuenta en mil oficios diversos y vive solo en el lindero del bosque, cerca del río. Es un buen muchacho, y tenía fiebres entonces. Cuando Bessie me lo dijo, prometí acudir a verle. Precisamente aquel día. Ello fue dos días antes. Entonces, con lo de Shirley en casa, me olvidé de ello e hice otras cosas. Cuando recordé lo de la visita a Natham, era tarde. Y Natham, al otro día, estaba ya bien y no era preciso ir a verle. Él mismo, vino a casa.

—¿Cómo es ese Natham?

—Fuerte, joven y apasionado. Está loco por Bessie.

—¿Es supersticioso también?

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado, Marty. Pero, sí es cierto que iba a cruzar por aquí y no lo hice, ¿qué tiene eso que ver con...?

—Escucha, Hazel, y no me interrumpas, por favor. Es algo muy serio. No viniste, pero sí Shirley, por el motivo que fuese. El asesino esperaba. Pero no a Shirley, sino a ti. Iba a matarte, cuando cometió su error. Por eso la muñeca resultó un fracaso. Sin embargo, apuntó en tu dirección. El asesino no pensó en la idea de explorar esas sospechas aún. Resolvió golpear de nuevo, y lo hizo siguiéndote hasta el restaurante Quincy aquella noche.

—¿Me siguió?

—Estoy convencido. Te vio entrar. Recuerdo que llevabas un impermeable amarillo claro. En vez de salir conmigo, como esperaba el asesino, te quedaste allí aún. Y fue otra pelirroja, la cajera Molly, quien salió a la calle en mi compañía. Ella llevaba un

impermeable blanco, lo cual en una noche lluviosa se confunde bastante con uno amarillo claro como el tuyo. Cruzó corriendo la acera, sin mostrar casi el rostro, y entró en mi coche. El asesino salió detrás nuestro. Cuando dejé a Molly en el camino, desierto y oscuro, la atacó con el cuchillo, matándola. Pero había vuelto a equivocarse, por puro azar, y su furia se canalizó en otra dirección: sembraría la cizaña, aprovecharía los rumores de hechicería para centrarlo en vosotros, los O'Hara. Y tú, serías la sospechosa ideal. Te lincharían o te ejecutaría la Ley por culpable. Era un proyecto más ingenioso y cómodo para él. Al llegar el paroxismo a la ciudad, juzgó llegado el momento de provocar el estallido final. Y asesinó a la señora Forbes, aprovechando que tú ibas hacia su casa en ese momento. La desaparición de Ivonne, la doncella pelirroja, posiblemente asustada por los asesinatos de las chicas con el pelo de su mismo color, le favoreció y ha contribuido a formar el clima contra ti. A mí creyó asustarme con un gato destripado dentro de mí coche, hazaña que acaso realizó mientras yo despedía a Molly o mientras, hablaba contigo en el restaurante Quincy. De cualquier modo, eso le salió mal y yo regresé. Pero solo he contribuido a estropearlo todo.

—No digas eso, Marty —ella se adhirió a él, y su calor prestó ciertos ánimos a Kellog—. Has sido mi mejor amigo, y lo estás siendo de nuevo.

—Lo que quisiera es poder tener pruebas de cuanto digo, ofrecerlas a la Ley. Pero no me creerían una sola palabra, Hazel.

—Marty, ¿quién puede tener interés en eliminarme a mí? Es una idea horrible.

—La respuesta es sencilla.

—No te comprendo.

—Alguien que te conoce muy bien y sabe lo que vas a hacer y a dónde vas a ir. ¿Comprendes ahora?

—¡Oh, no, Marty! ¿Quieres decir alguien… alguien de mí casa?

—Eso es. Alguien de «Proctor Manor», Hazel.

—¡Cielos; sería horrible! Tío Barnaby o Ellioty… Pero, ¿por qué?

—Acaso tu fortuna. Si mueres antes que tu madre, creo que heredan ellos, ¿no?

—Sí. ¿Quién lo ha dicho?

—Tom, el viejo negro.

—Te dijo la verdad, pero… —ella inclinó la cabeza, con un suspiro—. No puede ser ese el motivo.

—¿Por qué?

—Porque estamos arruinados, Marty. No nos queda un solo centavo por heredar, aparte «Proctor Manor».

—¿Es seguro eso?

—Y tan seguro. Yo llevo la contabilidad de la casa y de la familia.

—¿Lo saben ellos?

—¿Tío Barnaby y primo Elliott? Claro que lo saben. Mi muerte les reportaría un beneficio máximo de mil dólares a cada uno. ¿Crees que harían algo semejante por ese dinero?

La teoría de Kellog se derrumbaba con la misma fragilidad. Si no había dinero, no había intereses. Si no había herencia, no había motivo para el crimen.

Siguieron avanzando por el bosque. No se escuchaba a nadie detrás suyo. Parecían momentáneamente a salvo, aunque ambos sabían lo relativo de esa salvación provisional.

Súbitamente, Kellog se detuvo. Hizo un gesto vivo y apretó con fuerza la mano de la joven. Ambos se detuvieron tras un árbol de ancho tronco.

—¿Oyes eso? —musitó Kellog, roncamente.

—Si —el cuerpo aterido de Hazel O'Hara tembló de pies a cabeza. Incluso Kellog sintió un escalofrío—. Son salmos. Canciones rituales…

Canciones rituales. Sí; eso eran. O salmos. De cualquier modo, las profundas, roncas voces, subían en un tono agudo y a la vez denso, recordando un coro sureño o un cónclave en la jungla.

—Esas voces… ¡son negros! —dijo Marty, avanzando con firmeza, la mano hundida en el bolsillo de la chaqueta, empuñando su automática con decisión—. Negros cantando…

No llegaron muy lejos. Al volver un macizo de arbustos tuvieron que echarse a tierra, ocultándose tras unos árboles y un seto. La claridad de una antorcha, en el centro de un claro, lo inundaba todo de vagos, difusos resplandores anaranjados. Y a su luz, un cerco de negros de lustrosa piel y ojos dilatados en estática mirada, vieron cómo una mujer de piel broncínea, sudorosa, hacía reptantes movimientos ante un tronco de árbol cortado, y en el cual goteaba

la sangre de un pollo colgado de una rama.

Al pie de la negra, una horrible muñeca de cera, con el pelo rojo, aparecía erguida, mirando con ojos de cristal al extraño cerco de hombres de color. De aquellas gargantas surgían los cánticos profundos y graves.

La que bailaba epilépticamente en el centro de la reunión, era Bessie, la criada de los O'Hara.

CAPÍTULO IX

LOS BRUJOS

Marty se volvió en silencio a Hazel. Descubrió su horrorizada expresión, fijos los dilatados ojos en la ceremonia atroz y repulsiva, en el cerco de rostros hieráticos y febriles. Señaló don la cabeza a un negro alto, fornido, de cabello ensortijado y cuerpo atlético.

—Ese es Natham, el novio de Bessie —indicó.

Marty estudió al negro. Era muy joven y de facciones agradables. Lucía una cinta en la frente, algo así como un emblema. Debía de ser el jefe o sacerdote máximo de la hechicería negra.

—El *Voodoo* —declaró, roncamente, Kellog—. Ya hemos dado con ellos, Hazel.

—Jamás lo hubiera creído, de no estarlo viendo con mis propios ojos.

—Es sábado. Noche de aquelarre. Las brujas se citan en el bosque.

—Igual que en una pesadilla inaudita, Marty.

—Sí, Hazel. Pero hemos de admitirlo como real. Esta gente cree en ello. Hace culto del *Voodoo*. La Magia Negra, primitiva y atávica, existe en el mundo entero. No es únicamente Salem, sino muchos lugares de América, los que conocen esas reuniones secretas. Y el que les descubre o sorprende, sufre una muerte espantosa.

Quiñonero



El coche embistió a la multitud fanática...

—¿Producto de la magia?

—Eso dicen ellos. Y muchos lo creen también. Pero yo no. Estoy convencido de que son paparruchas, Hazel.

—Vámonos de aquí, Marty. Ese espectáculo me da miedo, horror…

—Sería preferible quedarnos. Creo que tú estás representada ahí.

—¿Yo? —ella se estremeció, convulsa.

—Sí, Hazel. Esa muñeca horrible, de pelo rojo. Veremos lo que hacen. Mira, la sangre del pollo gotea ahora sobre Bessie, resbala sobre su piel morena —la joven se tapó los ojos, pero Kellog siguió la ceremonia con interés—. Ahora se acerca a tu muñeca, la toma entre sus manos, la alza en el aire, como ceremoniosa, y con ella avanza hacia el pollo que cuelga, ya desangrado.

—¡Oh, basta, basta!

Los nervios de Hazel se quebraron como cuerdas de guitarra. Su chillido estridente lo estropeó todo.

Marty la tapó la boca demasiado tarde. Bessie dio un respingo, pareciendo salir de un estado de catalepsia, y soltó la muñeca con un alarido terrible. Natham se irguió de un salto, gritando algo con voz pastosa, profunda.

Los negros, levantándose en tropel, avanzaron hacia el seto. Ninguno habló. Al interrumpirse los cánticos en el bosque, el silencio, se había hecho ominoso, mortal. Los pies desnudos de los hombres de color, se deslizaban sobre la hojarasca con lentitud escalofriante pero segura.

Marty Kellog, resuelto a todo, apretó los labios con fuerza, sostuvo a la abatida Hazel con un solo brazo entorno a su cintura y esgrimió la automática frente al cerco de negro, exclamando roncamente, con ojos fulgurantes:

—¡Avancen un paso más y comienzo a disparar! Y tiraré a matar, se lo aviso. Las hechicerías no me asustan, ni los brujos me dan miedo, amiguitos. Conque quietos todos.

Pero los negros siguieron adelante, como guiados por una voluntad superior. En tierra, se revolcaba, con chillidos horripilantes, la desdichada Bessie. La muñeca había quedado milagrosamente en pie, junto al tronco goteante de sangre de pollo.

Kellog se dispuso a disparar sobre los hechiceros del bosque de avellanos.

* * *

—Señor, no dispare. Nadie piensa en hacerles daño. Ni a usted ni a la señorita Hazel.

Había sido Natham quien hablara. Con voz clara, nítida, Marty vaciló. De repente, los rostros de todos los asistentes al extraño rito, se le antojaron inocentes, tal y como eran los negros habitualmente. Nada era tan terrible y siniestro como unos segundos antes.

Se habían parado, les miraban sin odio ni perversidad alguna. Pero Kellog no podía dejar de recordar la extraña ceremonia. Y allí estaba aún Bessie, revolcándose por tierra como «poseída». Y la muñeca pelirroja, en pie entre la hojarasca...

—Natham, no creo una palabra de eso —advirtió, fríamente—. Eso es Magia Negra. Están invocando a los espíritus del Mal para que aniquilen a la señorita Hazel. Y nos matarán por haberles sorprendido en el rito de muerte.

—No es cierto, señor —aseguró Natham, extendiendo sus manos —. No hay muerte en nuestra reunión de esta noche. El rito es, precisamente, para preservar de todo daño a una persona. Y ustedes lo han interrumpido, sacando a Bessie del trance hipnótico. Eso puede matarla.

—¿A quién pretenden preservar de daño?

—A la señorita O'Hara.

—¿Con una contrafigura suya que perforarán con un alfiler?

—¡Oh, no, señor! —denegó el negro—. Eso es horrible y señala la muerte para la persona representada en la muñeca. Nosotros sacrificamos un animal, para que su sangre caiga en vez de la de la señorita Hazel. Y su contrafigura es alzada para que los espíritus del Mal la protejan bañándola luego en aromas y cantándole salmos de bienaventuranza.

Era un rito sorprendente, pero Kellog, juzgó que podía ser cierto. Aquellos ingenuos hombres de color podían creer de buena fe que esas ceremonias protegerían a Hazel. La muchacha miraba a todos ellos con el mismo terror que antes, sin creer una sola palabra.

—¿Y la magia que han estado haciendo hasta ahora? —le espetó Marty—. Las muñecas atravesadas, los gatos negros sacrificados, todo ese horror que ahora se abate sobre la ciudad, las muertes violentas, de muchas personas...

Natham retrocedió, palideciendo. Sus ojos reflejaron temor.

—¡Nada sabemos de eso, señor! ¡Se lo juro! Son cosas del diablo mismo, que está en Salem. Nuestra hechicería no es *Voodoo* ni Magia Negra. Solo buscamos el bien de los que están en peligro, y la señorita lo está.

—¿Cómo lo sabes tú?

—El viejo Tom nos lo dijo. Por su iniciativa hemos hecho esta noche la reunión. Usted se lo dijo a él, le pidió ayuda... y él se la da gustoso.

Kellog se quedó de una pieza. Eso sí que era cierto. Pero la clase de ayuda de aquellos brujos no le acababa de gustar demasiado. Ahora, la hilera de negros se abrió, dejando paso al viejo Tom, que con paso renqueante avanzó hacia ellos. Había estado oculto, sin duda, detrás de los demás negros.

—Señor Kellog, ya ve que hice cuanto pude —señaló a sus amigos—. No quiero que sufra ningún daño la señorita. Es muy buena.

—¡Tom!

Ahora sí qué perdió Hazel el miedo. Avanzó hacia el anciano y se abrazó a él. Los negros sonrieron y Natham respiró satisfecho. Kellog, sintiéndose terriblemente en ridículo, no supo qué hacer con la pistola y optó por guardarla.

—Bueno, tal vez después de todo, tengan ustedes razón —gruñó, de mala gana—. Pero no podemos entretenernos aquí. La policía nos persigue: Y la gente de Salem también. Las cosas han llegado a su fase decisiva, muchachos.

—Podemos ayudarles en algo más aún —dijo Natham, solícito—. ¿Quieren burlar a la policía?

—Es de lo que se trata precisamente —Kellog se acercó al negro. Le miró casi con simpatía, a pesar del soberbio susto que habían pasado por culpa suya—. ¿Hay algún medio?

—¿Qué si lo hay? —Natham, rio entre dientes—. Claro, señor. Pero tendrán que embadurnarse un poco y también vestirse de otro modo.

—¡Cielos! —Kellog le comprendió—. ¿Unirnos a esta convención de hechiceros, con la piel teñida? No es una idea muy agradable, pero creo que la ocurrencia puede engañar a los policías, siempre que otros negros nos acompañen para ocultarnos.

—Vengan con nosotros, entonces —Natham echó a andar—. Mi

casa está cerca. Pueden pasar allí lo que queda de noche, hasta que el camión de un amigo mío les saque de esta zona al amanecer.

—En marcha, hijo —suspiró Kellog—. Jamás creí que mi ángel guardián tuviera la piel tan oscura, pero te aseguro que no me importa lo más mínimo.

—Gracias —sonrió el negro—. El señor Kellog es también buena persona.

—Si pudieras convencer de eso a cierto caballero llamado Murdock —musitó Marty entre dientes, siguiendo a Natham de buen grado.

* * *

Marty Kellog contempló a Hazel. Dormía apaciblemente.

Incluso con aquel tinte color bronce estaba encantadora. La peluca que cubría sus cabellos rojos distaba mucho de ser perfecta. Estaba confeccionada con auténtico cabello de negro, para Dios sabía qué rito de aquella cuadrilla de supersticiosos.

Pero había convertido a Hazel en un verdadero fantoche bastante parecido a una negrita estrafalaria. Él prefería no mirarse al espejo. Estaba sencillamente horrible.

Se miró las manos embadurnadas con el tinte de Natham. Miró después el camastro donde había intentado en vano dormir, clavándose los maderos en el cuerpo. El olor a sudor de piel negra era intenso allí.

Al otro lado de la estancia, dormitaban cuatro negros, envueltos en mantas de humilde aspecto. Uno de ellos era Natham.

Respiró con fuerza. La cabaña de Natham no era muy amplia, pero parecía un sitio seguro. Poco antes había oído pasos y voces por el bosque. Natham les había metido entonces en un desván que solo con gran imaginación podía suponerse que existiera entre el piso único de la casa y el mísero tejado.

Habían permanecido allí tendidos hasta que pasó el peligro. Pero seguía sin poder dormir, en la quietud de la noche, y encerrado en aquel sitio. Después de todo, los riesgos no habían pasado ni mucho menos.

Se sentó de nuevo frente a una mesa donde había papeles y una pluma. Natham era un chico instruido y estudioso. Tomó ambas, cosas. Comenzó a escribir garabatos y luego hizo una bola con el

papel.

Si pudiera escribir algo, pensó... Algo que le ayudara a pasar la noche, a alcanzar el alba, derramando sus inquietudes, el pasado horror, desde aquel día de la llegada a Salem...

De un modo mecánico tomó la pluma. Comenzó a escribir. No sabía por dónde empezar, en realidad.

Acaso por un preámbulo, por una divagación que reflejaba su estado de ánimo, la inquietud que le devoraba interiormente y le mantenía en febril tensión, en agotadora vela frente a las tinieblas.

Y empezó a escribir:

«Cosas así no pueden ocurrir en nuestros días.

Lo sé. Son hechos de un pasado lejano de nosotros. Muy lejano, y a veces incomprensible...

Pero a veces ocurren. Me está ocurriendo a mí».

* * *

«Y aquí, lector termina el relato de Marty Kellog, tal como yo lo recibí de su manos.

»La historia es incompleta, lo sé, carece de final.

»Pero se lo he pedido a Marty Kellog, porque si no, esta novela no se habría podido escribir.

»Marty me lo ha enviado. Es muy reciente, y refiere el final del misterio de los «poseídos» por el diablo en Salem, dos siglos y medio después de aquel negro 1692.

»A continuación, el epílogo de la historia, tal como Kellog lo vivió.

»Un epílogo que tal vez tú, lector, no hayas siquiera imaginado a través de la lectura de estas páginas...».

EPÍLOGO

I

El cadáver de Hazel O'Hara apareció a la semana siguiente, en la costa de Massachusetts, a menos de dos millas del puerto de Salem.

Se había destrozado contra las rocas, y únicamente pudo ser identificado por la roja cabellera y la esbelta figura. También por su ropas. Barnaby y Hattie, entre otros, las identificaron como las mismas que llevaba Hazel la noche del sábado, al huir con Marty Kellog de la población.

El sargento Murdock juzgó que era un suicidio, al verse perdida, lo cual cerraba definitivamente el caso de las nuevas brujas en Salem, y volvían las revueltas aguas de la opinión pública a su cauce. En cuanto al fiscal Damon, vestido de negro aún por el fallecimiento de su madre, sostuvo que era un nuevo crimen del asesino fantasma de la ciudad.

El agente federal Wilcox, llegado de Washington expresamente para hacerse cargo del asunto, dado el cariz inquietante que tomaban los acontecimientos en Salem, escuchó ambas versiones, y después interrogó a diversas persona de la ciudad.

Desde que el F.B.I. había intervenido en el asunto para imponer el orden por cualquier método, y la policía federal ocupó casi militarmente la ciudad, Salem había recobrado la cordura y los negros nubarrones de la superstición y el fanatismo se disolvían ya en el horizonte. Muchas gentes aparecían avergonzadas de su actitud anterior. Pero, en cambio, pocos dudaban de la culpabilidad de Hazel O'Hara, muerta en el mar.

De Ivonne no se había vuelto a saber nada, a pesar de las investigaciones federales y de las pesquisas policiales por todo el Estado.

Se habían descubierto indicios de que en el bosque de los

avellanos se celebraban ritos de magia y reuniones secretas, y una vigilancia intensa, a la vez que una viva iluminación, evitaron toda repetición de los hechos. Detuvieron a Natham, a Hattie y a algunos otros negros del lugar, pero todos declararon su inocencia, y al no poderse probar lo contrario, fueron puestos en libertad.

De Marty Kellog tampoco se sabía nada. La policía de Nueva York le buscaba también insistentemente.

El federal Wilcox, aquella noche, tras haber asistido al entierro de Hazel O'Hara, que pese a las murmuraciones insidiosas fue sepultada en tierra sagrada, se retiró tarde a su alojamiento.

Ocupaba una habitación en el mismo hotel que ocupara Kellog: el Mayflower. Despidióse de Murdock y de Damon en el Departamento, prometiendo asistir tanto a los funerales por Hazel, como a los que se celebrarían por la madre del fiscal, tras los cuales se procedería a la lectura del testamento de los Ashley, en casa del notario Milburn.

Wilcox era un hombre fornido, inteligente y dinámico. Cuando entró en el hotel, no podía saber que allá arriba, en una ventana, un nuevo huésped del hotel, un hombre vestido de oscuro, con bigote negro, gafas oscuras y sombrero flexible, bajó la cortinilla al verle llegar, y desapareció del rectángulo en penumbra.

El federal subió a su habitación. Entró, encendiendo la luz, y cerró la puerta con el pestillo. Iba a caminar hacia su lecho, cuando se inmovilizó, tenso. Un objeto duro, metálico, se apoyaba en la espalda del policía de Washington, y este tenía sobrada experiencia para saber lo que era.

—¿Un atraco? —preguntó por encima del hombro, sin volverse, y alzando las manos bien evidentemente.

—Algo parecido —rio una voz sibilante, dura, a sus espaldas—. Pero no vengo a quitarle nada. Sería ridículo robar a un agente federal.

—¿Me conoce?

—Sí. He leído los diarios estos días. Alan Wilcox, del F.B.I.

—Me lleva ventaja, No sé quién es usted.

—Pues, vuélvase y lo sabrá.

Wilcox obedeció lentamente, con su músculos en tensión, dispuestos a dispararse como resortes. Pero su visitante nocturno le sorprendió. Había bajado el arma y le miraba sonriente.

Ahora no llevaba las gafas ni el bigote que mostraba al asomar por la ventana. Wilcox no le había visto en persona jamás. Sin embargo, le reconoció en el acto.

—¿Marty Kellog, detective privado de Nueva York? —interrogó.

—El mismo. Le felicito, Wilcox.

—¿Qué se propone? ¿Pactar conmigo? Si es así, pierde el tiempo. Ha de entregarse, y responder de muchas cosas. También de la muerte de Hazel O'Hara.

—Ya lo sé. No he venido a Salem para entregarme, sino para hablar con alguien más inteligente y con más autoridad que el sargento Murdock.

—¿Yo, tal vez?

—No lo sé aún. Parece listo. Quisiera saber si lo es tanto. Si le digo que soy inocente en todo eso, ¿me creerá?

—A medias. Opino que fue cómplice de Hazel, y cegado por su belleza la protegió… También eso tiene su castigo.

—¿Y si Hazel no fue culpable de nada?

—Entonces, usted tampoco. Pero eso costará probarlo. ¿Por qué se mató ella?

—No se mató.

—¿La mataron?

—Es posible que sí.

—Tiene que saberlo, si huyeron juntos.

—Dejemos eso ahora, Hazel es el nudo de todo. Pero no cómo culpable, sino como víctima. Todo se hizo para eliminarla a ella. Creo saber por qué.

—¿De veras? No será por interés. Su primo Elliott heredará la mitad de la casa, a la muerte de la señora O'Hara. Y Barnaby la otra mitad. Poco para tanto crimen.

—Sabía todo eso. Escuche, Wilcox, si lo que yo sospecho es cierto, si los datos que he encontrado durante estos días de jugar al escondite son todo lo valiosos que yo creo, el culpable de cuatro asesinatos pagará sus culpas.

—¿Cuatro? ¿Luego da como tal asesinato la muerte de Hazel?

—Doy como asesinato la muerte de esa muchacha en el mar —asintió Kellog—. Pero va a ser muy difícil probar nada. Todo son indicios, teorías, lógica y nada más. Pruebas, ninguna.

—¿Entonces qué pretende hacer?

—Pido su ayuda. Por unos minutos, muy pocos. Después, si todo fracasa, me entregaré yo a usted, y me declararé vencido. Es un pacto en el que usted nada arriesga.

—No estoy yo tan seguro, Kellog. Me han hablado bastante mal de usted, a excepción de Damon y unas cuantas chicas de la localidad. Usted gusta a las mujeres, ¿eh?

—Sí, eso me ha ocasionado bastantes infortunios. Por cierto, Wilcox, ¿quiere arrestar también al hombre que engañó a Shirley Carter?

—Sería un placer. Cometió un delito de rapto. Posiblemente de secuestro. ¿Quién es?

—Elliott O'Hara.

Wilcox dio un respingo.

—¿Él? ¿En qué se funda?

—Estuvo fuera todo el tiempo anterior a la llegada de Shirley a la ciudad. Cuando Shirley vio un día una fotografía de los O'Hara en la casa, sin conocer aún a Elliott, preguntó quiénes eran. Y al decirle Hazel los nombres, dijo algo raro. Algo sobre la magia. Shirley había hecho amistad con Hattie y con Bessie, las criadas negras del «Proctor Manor». La ayudaban a su modo, haciendo hechicerías ingenuas e inofensivas para que Shirley diera con su seductor. Lo logró la chica. Allí estaba su hombre: Elliott. Por eso pidió un día libre cuando él llegaba. Para tener libertad y verle cara a cara. Le citó en el bosque sin decir seguramente quién era.

—¿Y Elliott la mató al acudir a la cita? —preguntó con escepticismo el federal.

—No. La encontró muerta. Imagino su terror. Huyó de allí realmente espantado, y desde, entonces ha tenido un miedo terrible a ser descubierto. Desde un principio, comprendí que Elliott era el perfecto cínico capaz de esa hazaña. Pero no un asesino. Le falta valor.

—Es una teoría plausible. Voy a comprobarla mañana mismo. Si eso sale bien, le prometo mi ayuda durante un período determinado de… pongamos veinticuatro horas. No me comprometo más que a seguir su plan de cerca. Y al menor fallo, caeré sobre usted y no escapará, Kellog. ¿Acepta en esas condiciones?

—Acepto encantado, Wilcox. Y mil gracias por su comprensión. He tenido suerte. Es usted un hombre inteligente. Desde hoy, creeré

ciegamente en el F.B.I.

—No alabe mi inteligencia, Kellog. Me fío únicamente de mí instinto. Me parece usted un tipo sincero, que sabe a dónde va, aunque no sepa cómo acabará. Pero si el instinto me confunde esta vez, lo pagará caro, amigo.

—No le confundirá, Wilcox. Mañana cazaremos, a poco que la suerte nos ayude, al criminal oculto de Salem…

II

Los funerales de Hazel fueron una ceremonia triste y penosa. Solamente asistió Barnaby, en representación de toda la familia. La madre de Hazel no había sido informada aún de lo ocurrido. En cuanto a Elliott, había sido arrestado aquel mismo día por el federal Wilcox, tras arrancarle fácilmente una confesión en la que se declaró culpable del rapto de Shirley Carter. Pero negó con llanto en los ojos que fuera, él su asesino.

Wilcox se lo entregó a Murdock, hasta que los federales se hicieran cargo del preso. Una sonrisa satisfecha y un brillo peculiar en la mirada aguda, fue todo lo que conservó el federal durante los funerales, arrinconado al fondo del templo.

Después asistieron a otros oficios fúnebres, los de la madre de Damon. A la salida, se encaminaron todos a casa del notario Milburn. Era un acto rutinario, porque Damon era hijo único y heredero universal, pero después de esa lectura, el fiscal tenía decidido acudir a su oficina con Wilcox y con Murdock, para concluir el *dossier* del caso de la brujería y los crímenes, todavía no demasiado claro a juicio del joven fiscal del Distrito.

El testamento, como era de esperar, instituía heredero universal a Damon Ashley, según voluntad de la finada señora Ashley. Wilcox, bostezando, escuchó los legalismos y se dispuso a abandonar la estancia, juntamente con Murdock, anticipándose a la salida de Damon, pero entonces el notario carraspeó y dijo con voz clara:

—Señores, lamento retenerles un momento más, ya que he de proceder a la lectura de un legado posterior, hecho por la señora Ashley, y en el que consta, debidamente firmado, su deseo de que se lea al final del anterior, pero con tal validez para este último.

Damon Ashley enarcó las cejas, tan sorprendido al parecer como Murdock y Wilcox. Milburn se aclaró la garganta y comenzó la lectura de un pliego, cuyos lacres rompió en medio de un silencio expectante:

—«Yo, Dorothy, Ashley, en plena posesión de mis facultades mentales, y habiendo entrado en conocimiento de que pasados errores de mí juventud fueron vengados por mí esposo, Clement Ashley, siéndome infiel precisamente con mi mejor amiga, cuando esta había enviudado recientemente, me refiero, claro está, a Susan O'Hara, esa irlandesa férrea y decidida como el mismo diablo.

»De esa relación de Clement, que él mismo me confesó, Susan O'Hara dio a luz una niña a quién puso por nombre Hazel. La dio como hija de Richard O'Hara, aunque todos sabían que eso no era cierto. Yo sé que Susan siempre amó a mí marido antes de mí boda con él, y la suya fue una reacción humana en una mujer sola, ya que Clement le dio la ocasión, más por vengarse de mí que por otra cosa.

»Pero nuestros pasados yerros, nuestras torpezas y pecados, no hacen ya al caso. Solo he querido citar esa mancha, para admitir que Hazel es más hija de Clement que de nadie, y como tal, quieran o no, es una Ashley.

»Clement mismo me pidió al morir que no abandonase a esa chica el día que yo desapareciese. Y no lo haré.

»Sé que Damon aceptará esta decisión de estricta justicia, porque es hermanastro de Hazel, después de todo. Y vengo en resolver que mi fortuna se parta en dos, para que cada uno perciba aquello a lo que yo creo que tiene derecho.

»Si Damon impugnase este testamento, caiga sobre él mi maldición eterna.

»Firmado: Dorothy Ashley».

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó el joven fiscal con sorpresa —. La fortuna asciende a un millón de dólares. ¿Cómo voy a permitir que una ajena se lleve medio limpiamente?

—Usted olvida, señor Damon, que su hermanastra, Hazel, ha desaparecido —suspiró el notario—. Lo cual anula por completo la decisión de su madre.

—Cierto —Damon sonrió nerviosamente, incorporándose—. Ha sido tanto mi asombro, que no recordaba ese detalle. La verdad es que lo lamento de veras. Después de todo, hubiera sido difícil impugnar ese legado, ¿verdad, señor Milburn?

—Muy difícil —sonrió el notario—. Usted, como hombre de leyes, bien lo sabe.

—Bien… —se volvió a Wilcox y a Murdock—. Lamento haberles retenido más de la cuenta, con ese sorprendente testamento de última hora. Y también es deplorable que feos secretos familiares surjan a la luz…

—Medio millón de dólares —Wilcox silbó entre dientes—. Es todo un motivo.

Murdock le miró de soslayo con cierta extrañeza. Damon dio un leve respingo y clavó sus grises ojos en el federal.

—Un motivo, ¿para qué? —pidió cortésmente.

—Para matar, por ejemplo… —sonrió el federal.

—¿Qué es lo, que dice? —gruñó Murdock—. Aquí no se trata de matar a nadie…

El federal, por toda respuesta, dibujó una mueca en sus labios, dio unos pasos hacia el notario y dijo claramente:

—Señor Milburn, tengo ahí fuera en estos momentos a un testigo que interesaría hubiera estado presente en esta lectura. ¿Puedo hacerle pasar ahora?

—Pero, Wilcox, no le comprendo —arguyó Damon, desconcertado—. ¿Qué tiene usted que ver en todo esto?

—¿Un testigo de interés? —Milburn frunció el ceño—. Bueno, que pase.

Wilcox cruzó la estancia. Se hizo a un lado al abrir la puerta.

—Puede pasar, por favor —dijo a alguien que esperaba fuera.

La persona en cuestión entró. Damon perdió el color, Murdock, lanzó un juramento, y el notario cayó sentado en la silla, con los ojos fijos en ella.

—¡Señorita O’Hara! —masculló—. ¡Hazel O’Hara… y viva!

III

—Heredera de medio millón de dólares —añadió fríamente Wilcox—. ¿No es cierto, señor Damon?

—Sí... —el fiscal respiró hondo, tratando de rehacerse de aquel impacto—. Pero si ella no ha muerto... impugnaré ese testamento. Además, ha de ser arrestada como sospechosa.

—Parece que cambia de opinión con facilidad, ¿eh, Damon? —rio Wilcox. Se volvió a la puerta—. ¿Entra usted, Kellog?

Marty hizo su entrada. Murdock, instintivamente, avanzó hacia él. Pero Wilcox estaba allí. Al lado de Kellog, convencido ya de su razón, frente a los hechos claros y contundentes.

—Alto, sargento —avisó fríamente el federal—. Este es ya un caso de jurisdicción federal. Y el señor Kellog está bajo nuestra protección. Adelante, amigo. Aquí tiene usted su caso resuelto, tal como suponía.

—¿Pero quieren explicarme de una vez este enredo? —estalló Damon Ashley, vacilante.

—Claro que sí, señor fiscal —era Marty Kellog quien avanzó hacia él—. Se terminó la historia de brujerías y de hechizos tenebrosos. La verdad solo tiene una forma, en cuanto se la despoja de broza. Y la verdad en este caso, solo es una: usted, Damon Ashley, fiscal del Distrito en Salem, es el asesino de Shirley Carter, de Molly Gallagher, de la señora Forbes... y de Ivonne Acker, naturalmente.

—Y todo cuanto ahora diga, señor Ashley, puede ser utilizado en contra suya —le avisó Wilcox con dureza—. Tenemos todas las pruebas contra usted. No hay escapatoria.

Damon miró a todos como enloquecido. Murdock, impresionado por las acusaciones que respaldaba el federal, también se plantó frente a Damon. La culpabilidad, con pruebas o sin ellas, era demasiado evidente ya en el rostro descompuesto del joven fiscal.

Entonces, Damon Ashley hizo algo inesperado. De su bolsillo, salió una pistola automática. Quiso disparar contra Hazel O'Hara

que, muy pálida, permanecía en pie frente a él.

—¡La fortuna tampoco será tuya, bastarda! —chilló, delirante de odio.

El disparo no llegó a salir. Marty Kellog demostró que no en vano era buen tirador y muy rápido. Su automática del 38 vomitó fuego antes que la suya. Arrancó la pistola de la mano del fiscal.

Este se miró los dedos cubiertos de sangre. Luego, inesperadamente, dio media vuelta, corrió hacia la ventana amplia y encristalada del salón. Gritó Wilcox:

—¡Deténganlo!

Pero fue tarde. El cuerpo joven atlético, del simpático fiscal de Salem, atravesó la vidriera en una zambullida mortífera hacia la calle. Se oyó silbar el aire en torno suyo al caer. Luego, el choque abajo, sobre el asfalto.

—Dios mío... —sollozó Hazel, arrojándose en los brazos de Kellog, rota su resistencia física y moral—. Es horrible, Marty...

—Sí, querida... Pero es el fin. El fin de la pesadilla...

IV

—¿Cómo llegó a formar el caso contra Damon Ashley? Nadie hubiera podido sospechar de él —era Wilcox quien hablaba.

—Porque era fiscal. A veces, nos fijamos en el cargo, olvidando a la persona. Después de todo, ¿quién era Damon? Un joven afable, inteligente y mimado por la fortuna, cuya madre estaba agonizando desde hacía días, y que le dejaría convertido en millonario al morir. Nada más que eso. Pero era fiscal del Distrito. ¿Quién iba a pensar en él como sospechoso de delito alguno?

—Pero usted pensó alguna vez. ¿Cuándo?

—Exactamente cuando Bessie me refirió que el día en que Hazel le prometió ir al otro lado del bosque a ver a Natham enfermó, estaba delante Damon y solo Damon. Esa fue la luz. No podía creerlo yo mismo. ¡Damon un asesino! Parecía ridículo. Pero entonces recordé detalles muy significativos: Damon no sabía que Shirley estaba en la casa de los O'Hara, porque la chica se ocultaba a todo el mundo. Pudo, pues, confundir a una con otra perfectamente. Él esperaba en el bosque a Hazel y no a otra chica pelirroja, vestida con su blusa.

—Pero igual podía ser otro cualquiera. Barnaby, Elliott, el joven Nielsen...

—En Damon se daban demasiadas circunstancias raras. Había estado en casa de Hazel justamente el día que desapareció la pequeña hoz. Iba con frecuencia allí. La noche que mataron a Molly confundiéndola con Hazel, recuerdo que Hazel telefoneó precisamente a Damon, pidiendo verme a mí. Y Damon le dio mis señas en el hotel. Allí la esperó. La siguió hasta el restaurante. Y entonces cometió de nuevo su error. Era nervioso, cometía fallos graves al matar, porque tenía miedo. Solo su personalidad legal y su autoridad le salvaban en cierto modo, y le daban seguridad. Pero era miedoso. Lo demostró al matarse. No soportaba la tortura de un proceso, de una prisión, de la pena de muerte... Murió como lo que era: un cobarde.

—¿Y él realizó la comedia de las brujerías?

—No —rio Kellog—. Eso es lo más curioso de todo. Se lo encontró hecho. Shirley era muy supersticiosa Lo demostró al aceptar las brujerías de los negros en la casa, para encontrar a su hombre. Al encontrarle, creyó todo a pies juntillas. Se llevó consigo la muñeca con la que la representaban a ella en los ritos mágicos. Al matarla Damon de un golpe de hoz en el cuello, vio la muñeca y se le ocurrió la idea rápidamente. Mi teoría era cierta. En su magia, ponen el nombre de Hazel, pero aludiendo a la planta de mágico nombre, y no a una mujer. Eso dio la idea a Damon. Un alfiler del cabello de Shirley, lo hincó en el cuello al muñeco. Eso daría un ambiente fantástico al suceso.

—Pero él no podía prever a dónde iría a parar después el caso.

—Exactamente. Luego, otro muñeco apareció en el sótano de la casa. Seguramente era para los ritos de los negros, y representaba a Shirley, no a Hazel. La aguja en el corazón significaba que Shirley, la representada, estaba muerta. Y oraban por ella a sus espíritus. Hazel lo interpretó de otro modo muy distinto, y yo también.

—¿Supo Damon lo de ese nuevo muñeco hallado?

—Sí —asintió Hazel—. Yo misma se lo había dicho por teléfono, al preguntarle por Marty, y él me calmó con suaves palabras, asegurando que eran tonterías. Pero tomó nota de ello y mató a Molly, pensando que era yo, de una cuchillada en el corazón, para imitar la imagen del muñeco del pelo rojo.

—¿Y aquel gato negro sacrificado?

—Un nuevo golpe de Damon. Mató a un gato, y lo dejó en mi portaequipajes mientras Hazel hablaba conmigo en el restaurante. Buscaba asustarme, alejarme de Salem a toda costa. Entonces fue cuando volví. Pero las cosas se le pusieron bien, y comenzó el terror, el odio desatado hacia los O'Hara. Él lo alimentó con ingenio perverso, y provocó la muerte de la señora Forbes, cuando ya había matado a Ivonne también, acaso atrayéndola con algún engaño a un sitio solitario. La pelirroja era muy frívola, y él un chico guapo y adinerado. Ivonne acudió sin miedo, más allá del bosque. Allí la mató y ocultó. Pero los perros de Natham y los otros negros la descubrieron entre la maleza cuando huíamos entre ellos.

—¿Y qué hizo con ella?

—La vestí con las ropas de Hazel. Estaba muy descompuesta ya.

Y arrojándola al agua en un sitio estratégico de la costa, las rocas la acabarían de deformar. Su pelo y sus ropas permitirían una identificación rápida, Damon no ahondaría mucho, deseando que fuera Hazel, porque él conocía el secreto familiar, y tenía urgencia en eliminarla antes de que el testamento materno fuera leído.

—Pero usted sabía ya lo de ese testamento, a lo que veo.

—Un comentario de la madre de Hazel me orientó: Dijo que el marido de la señora Ashley, el padre de Damon, no le había sido fiel a su mujer. ¿Cómo lo sabía ella? ¿Por qué lo decía de aquel modo tan especial? Me intrigó. Poco después, Tom, el viejo Tom, que llevaba toda su vida con los O'Hara, me aseguraba que Hazel no era irlandesa. Pero su padre lo era y su madre no. ¿Por qué la afirmación del viejo, que luego él mismo trataba de desvirtuar? Porque no era hija de O'Hara. ¿De quién, entonces? Investigué, a través de una agencia de Boston durante estos días que he permanecido oculto. Supe que Clement Ashley y Susan O'Hara habían tenido algo secreto, íntimo, al morir O'Hara. Supe la fecha de nacimiento de Hazel y de la muerte de Richard O'Hara. No coincidían demasiado bien. Había un lapso de meses entre ambas cosas, superior al natural. Entonces ya no tuve dudas. Recordé que Hazel no se parecía mucho a su madre. Claro que eso no significa nada, porque es realmente su madre, pero vi retratos de O'Hara y aún se parecía menos. Obtuve un viejo recorte en un archivo, y vi la fotografía de Ashley. A ese sí que se parecía. De modo que todo estaba resuelto ya... Los crímenes tenían el motivo. El que yo buscaba. Y planeé el golpe teatral, porque no había la menor prueba contra Damon. Jamás le hubiéramos logrado acusar con solidez. Pero sus nervios se rompieron pronto, su miedo le dominó, y se hundió estrepitosamente.

—Tal como usted esperaba.

—Tal como yo espera, en efecto —asintió Kellog lentamente.

Hubo un corto silencio. Estaban reunidos en «Proctor Manor». La casa sobrevivía a las supersticiones, una vez más. Salem entero se avergonzaba de su ráfaga de locura colectiva, provocada por un hábil cerebro deseoso de explotar ese terror a su beneficio. Ya que Hazel no moría asesinada, moriría linchada por la gente enloquecida.

Ambos planes habían fallado. Y ahora, la paz volvía a Salem. Ya

jamás se dejaría engañar la gente de nuevo. En el siglo XX, después de todo, las cosas eran muy distintas.

—Solo falta algo por aclarar, Marty —dijo Hazel de pronto:

—¿Qué es ello, querida?

—El atentado que sufriste al salir de casa. ¿Quién te quiso matar?

—Oh, eso… —Marty sonrió—. Fue otro episodio casi cómico, de no ser porque pudo haberme matado de verdad.

—¿Pero quién fue? ¿Acaso Elliott?

—No, no. Elliott lo hubiera hecho de buen grado, pero no se atrevía. Me tenía miedo, porque temía que yo descubriese que él era el seductor de Shirley, tal y como lo descubrí. Sin embargo, mi agresor en la carretera, el que vació el depósito de gasolina y me arrojó un cuchillo de cocina realmente terrible, fue alguien que corría muy ágilmente, vestía un traje de tonos claros, iba descalzo y se conocía el terreno como la palma de la mano. ¿Quién podía ser?

—Un negro tal vez…

—Una negra: Bessie, la mulata.

—¿Bessie? ¿Pero por qué?

—En su mente se había trazado la idea de que yo era un enemigo para vosotros. Y que había que destruirme. Natham la riñó mucho al saber lo que había hecho, y Bessie comprendió entonces su error. Pero a punto estuvo de matarme, creyendo que yo era un genio maléfico para Hazel.

—Eso deja todo aclarado, ¿no, Kellog? —sonrió el federal.

—Sí, Wilcox. Resuelto el caso. Gracias a su inapreciable ayuda. De haberme fallado usted, jamás hubiera conseguido nada contra Damon. Lo que le desmoronó fue ver a los federales a mí lado, en contra suya. Creyó que abundaban las pruebas, y perdió la partida.

—Engañamos a todos, incluso a Murdock —rio Wilcox—. El pobre sargento está desolado. Dice que le engañaron como a un chino durante todo el tiempo, y que no pudo ni imaginar siquiera que Damon fuese lo que era. Creo que después de esto, se retirará de la policía.

—Hará muy bien —dijo Marty burlonamente—. Es un fracaso terrible para un agente.

—No todos son tan listos como Marty Kellog.

—Vamos, vamos, va a lograr ruborizarme.

—Usted no se ruboriza por nada. Ni siquiera si le pregunto si va a casarse.

—Claro que sí —sonrió Kellog, abrazando contra sí a Hazel—. Lo único que me molesta es que ella herede dinero. Posiblemente lo deje a los centros benéficos y se venga conmigo a Nueva York. Soy de los que gustan de mantener su hogar con el trabajo propio.

—Les deseo toda suerte de felicidades, Kellog. Y creo que la señorita O'Hara no echará demasiado de menos a Salem.

—Es una bonita ciudad, pero me parece que durante varios meses, soñaré con ella como una pesadilla atroz. Nunca olvidaré aquellas fechas terribles en que me creía «poseída» del diablo en persona. Y la fuga de aquel sábado por la noche, el aquelarre negro en el bosque, la fuga, pintarrajeados de negros, los días escondidos en los suburbios de Boston, con una familia negra, parientes de Natham. Y la tremenda experiencia de leer en los diarios que mi cadáver había aparecido y era identificado, nada más arrojar Marty al agua el cuerpo de la pobre Ivonne.

—Al menos ella, después de muerta, contribuyó a castigar a su asesino —dijo gravemente Marty—. Ivonne pudo vengarse desde el otro mundo. Estoy seguro de que ahora se sentirá satisfecha de nuestra victoria, porque es también la suya. Sin el golpe de efecto de hacerte aparecer a ti cuando te creían muerta, Damon nunca hubiera acabado tan desconcertado, y hubiese sido muy difícil hacer que se delatase.

—Bien, Kellog, no le entretengo más —dijo Wilcox levantándose —. Yo me quedo unos días más en Salem, para dejar resuelto el caso. Ustedes, pueden coger su coche y largarse de aquí cuanto antes, como almas que persigue el diablo.

—¡Por favor, no me hable del diablo! —suspiró Hazel, acurrucándose contra Marty Kellog.

—No tema. No les alcanzará, aunque siga agazapado en Salem, a la busca de nuevos «poseídos» —rio el federal, de buen humor.

—¿Sabe una cosa, Wilcox? Y ríase todo lo que quiera. Pero a partir de ahora, cuando lea algo sobre brujas y cosas de esas, me lo tomaré más en serio que hasta hoy.

—Vamos, Kellog, no vaya a resultar ahora usted el supersticioso, cuando ya nadie cree en las brujas de Salem ni de ninguna parte...

—Por si acaso, le aseguro que vamos a marcharnos ahora

mismo. Sin esperar a más.

Momentos después, descendían corriendo por el jardín. Hattie, Bessie, Natham y el viejo Tom les despidieron a la puerta. Tío Barnaby junto al automóvil dispuesto para la marcha.

Marty Kellog y Hazel O'Hara subieron al coche. Arrancaron.

Poco más tarde, la luz de los faros se perdía en un recodo de la carretera. Salem quedó atrás para Kellog y su prometida.

Ante ellos, la ruta era recta, llana y despejada. Como sus vidas. Como el futuro. Se lo tenían bien ganado.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª, núm. 17-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 — LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, núm. 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des Angles International, 408 East, 11St. - New York. 23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-41 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones. 29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 40. LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





A ella —nacida en Nueva York—, la conocimos en "Vida de mi vida", y a él —nacido en Orange Country (Virginia)—, lo hemos admirado en infinidad de "westerns". Ambos aparecen juntos en "Tempestad"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

[1] **Traducción literal de «Witch Hazel»; arbusto llamado también «Flor de Invierno».**